

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1855. — TOMO V.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.
Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

AÑO 14. — N° 124.

SUMARIO.

El nacimiento de Píndaro; grabado.—De Madrid á Newcastle.
— El inventario de un soltero. — Viaje del Emperador y de la Emperatriz á Inglaterra; grabados. — Revista de Paris. — Delicias del siglo de oro. — Rusia, su geografía política. — Los esquimales del Geste. — El reino de Dahomey; grabados. — Un asesinato en Riga. — Revista de la moda. — De los jardines zoológicos y de la naturalización de los animales útiles; grabados.

El nacimiento de Píndaro.

El presente número principia por un asunto eminentemente poético, *el Nacimiento de Píndaro*, dibujo tomado de un cuadro de M. Picou, que ha merecido grandes elogios á este artista. Píndaro es, como saben nuestros lectores, el príncipe de los poetas líricos. Nacido en Tébas por los años de 520 ántes de Jesucristo, aprendió el arte de hacer versos de Tasus y de la dama griega Myrtis. Cuando Jerjes quiso invadir la Grecia, la reputación del gran poeta habia llegado al mas alto punto de su apogeo. Se cree que murió en el teatro el año 436 ántes de Jesucristo. Compuso un crecido número de poesías, pero solo nos quedan sus Odas en las que celebra á los que en su tiempo salieron premiados en los cuatro juegos solemnes de los griegos, á saber, los juegos olímpicos, ístmicos, píticos y nemeos.

Alejandro veneró hasta tal punto la memoria del poeta, que cuando la destruccion de Tébas, conservó su casa y su familia. Píndaro no recibió en su vida las menores muestras de consideracion. Tébas le condenó una vez á pagar una multa por haber elogiado demasiado á Atenas, y Atenas hizo pagar esta suma de los caudales públicos. Leyendo las obras de Píndaro se descubre esa impetuosidad del genio, esos transportes súbitos y sublimes, ese impulso vehemente y suave al mismo tiempo que caracterizan al poeta lírico, pero su entusiasmo no es nada exclusivo, y la forma graciosa le es tan natural como la energía, como lo prueba el risueño cuadro que nos ofrece de los Campos-Eliseos en la segunda Oda Olímpica dedicada á Theron, rey de Agrigente. Como filósofo tenia ideas muy sanas de la Divinidad, y se expresaba de un modo digno de ella.

« Nada en el mundo, dice, se encubre á los ojos de Dios; su providencia se extiende sobre todo. Dios nos ilumina; es todopoderoso y nada se hace sino por él. »
Hemos entrado en estos detalles de historia antigua para añadir ahora que el autor del *Nacimiento de Píndaro* se hallaba bien embebido en el asunto. En efecto, al ver todos los personajes mitológicos reunidos en torno del niño que sonríe á las ninfas, y á quien las ninfas bailando sonríen á su vez, desde Melpómene hasta Talia, hasta el Amor y el Hipógrifo, se conoce que estudió su asunto como anticuario, y que sabe mucho mas sobre Píndaro de lo que se sabe vulgarmente sobre ese gran poeta mucho mas admirado que conocido.

De Madrid á Newcastle.

(Artículo primero.)

La repugnancia á viajar puede decirse que ha sido instintiva en mí. Por eso he viajado poco y algunos

agua, pero se estampó los sesos en el suelo. Yo no me maté, sin duda, puesto que puedo contarlo, pero saqué una buena ración de chichones en la cabeza y arañazos en todo el cuerpo. Despues nos encontramos al anochecer con dos hombres armados de trabucos los cuales con la finura que distingue á la gente de esta clase nos pidieron el dinero que llevábamos, lance bien desgraciado para un viajero, aunque en la ocasion á que me refiero la desgracia fué para los ladrones puesto que nada pudieron sacarnos, por la sencilla razon de que nada teníamos los pocos que viajábamos, y asi no solo no nos robaron una peseta, sino que nosotros les robamos á ellos sus ilusiones. Verdad es que la pereza de no tener dinero nos valió algunos bofetones y culatazos, porque los ladrones tienen tal aversion á la pobreza que cuando algun viajero comete la falta de no llevar un cuarto le insultan y maltratan para escarmiento, y por esta razon hay quien lleva siempre cierta cantidad para no infringir el código penal de los bandoleros. Yo soy uno de estos, ó mas bien de aquellos, porque no soy bandolero, ni aunque lo fuera tendria la insolencia de confesarlo. Quiero decir que siempre que viajo procuro llevar una onza de sobra para darla tan pront como salgan á pedirla; pero como soy tan desgraciado para viajar, no he tenido el gusto de encontrar á un miserable rateero desde que adopté esta precaucion, mientras que si volviere á viajar como la vez primera creo que resucitarian Diego Corrientes, Jaime el Barbudo y los siete niños de Ecija solo para sorprenderme y aplicarme la pena de que antes hice mencion. Sin embargo, aunque llamo desgracia á la circunstancia de no haber encontrado ladrones desde que viajo con dinero, confieso que no es esta una de las desgracias que yo lamento, y si el nombre merece de desgracia, por ahí me las den todas.

Otro viaje de que siempre conservaré memoria es el que hice de Madrid á la Granja en 1848. No tuve entonces la mala estrella de volcar ó tropezar con ladrones, pero tan pronto como llegué al Real Sitio fui preso y conducido á un calabozo, donde no habia luz, ni aire, ni tenia otra ventaja que el gusto de oír decir en el patio que me iban á fusilar. Entonces, francamente lo digo, eché de ménos el vuelco y sorpresa de mi primer viaje; porque calculo que del vuelco y de las manos de los ladrones se puede escapar con mas ó ménos lesion en el cuerpo y en el bolsillo, pero eso de morir fusilado, por mas que algunos hombres ilustres hayan merecido esta honra, confieso que nunca ha entrado en mis cálculos. Prefiero vivir.

El tercero de mis viajes, al ménos es el tercero de los



El nacimiento de Píndaro.

sinsabores me habria evitado si hubiera viajado ménos. En mi primer viaje de Medina del Campo á la Côte de España tuve la mala suerte de volcar una vez salvando la vida milagrosamente, aunque este milagro se parece al que obró cierto santo con un muchacho que se cayó en un pozo, el cual (no el santo sino el muchacho) no se ahogó porque el pozo no tenia gota de

El tercero de mis viajes, al ménos es el tercero de los

que me propongo referir, fué mucho mas largo que los otros, y no solo fué mas largo por la distancia sino por el tiempo que para salvarla invertí. Trataba yo nada ménos que de trasladarme al Nuevo Mundo, y para esto me tracé un itinerario de los mas estrambóticos, un itinerario que estaba en relacion con las estrambóticas circunstancias políticas de aquel tiempo, y el tiempo á que me refiero era el año de 1851. Figúrense Vds. que para ir primero á la capital de Francia, pensaba pasar de Madrid á Valencia, de Valencia á Gibraltar, de Gibraltar á Bayona, dando la vuelta á casi toda la Península, y luego naturalmente de Bayona á París. A la verdad, este itinerario era primo hermano del de cierto escritor gallego que para ir de la Coruña á Madrid se propuso pasar siete veces seguidas á dormir á Montevideo; pero la extravagancia de este viaje nació del carácter del hombre, mientras que la de mi itinerario era producto lógico de las circunstancias, pues ya he dicho á Vds. que mi viaje tuvo lugar en 1851, uno de los once años mas raros de que hace mención la historia. Yo, que como he dicho, soy desgraciado para viajar, debía sufrir numerosos y estupendos percances en un camino tan largo, y en efecto estos percances fueron tan estupendos como mi itinerario. Una legua llevaba andada, es decir habia llegado al pueblo de Vallecas, cuando ¡paf! la guardia civil dió la voz de ¡alto! me hicieron bajar del coche y pasando de este á la cárcel de Vallecas y de la cárcel de Vallecas á la cárcel del gobierno civil, fui á parar á la famosa cárcel del Saladero, donde estuve encerrado la friolera de siete meses, al cabo de los cuales salí á la calle y emprendí nuevamente mi marcha hácia París. Las cosas que me pasaron durante tan larga detencion no podrian contarse en dos ni en cuatro artículos, por lo cual prefiero dar á mis lectores el gusto de adivinarlas. Baste decir que cuando llegué á París renuncié á la idea de trasladarme al Nuevo Mundo, porque dije para mí: Si de Madrid á Francia he tardado siete meses, de Francia á la América debo tardar siete siglos y no me lisonjeo yo con la ilusion de ser otro Matusalen.

Diré pocas palabras acerca de mi regreso á España en el año pasado de 1854. Entónces no me prendieron porque ya estaban en el poder mis amigos políticos y estos no tienen la costumbre de prender á sus enemigos cuanto ni mas á sus amigos. Tampoco fui asaltado por los ladrones, porque estos habian abandonado la España huyendo de la revolucion; pero no por eso faltaron averias. Mas de un mes estuve esperando en París á que el camino de hierro de París á Dax estuviese concluido, pues todos los dias se anunciaba como inmediata la apertura de dicho camino de Burdeos á Dax que era lo que faltaba y por fin desesperado de tanto esperar, por aquello de que el que espera desespera, me decidí á partir ántes con ántes. La casualidad quiso que en lugar de un tren ordinario me tocase de París á Burdeos un tren de placer, lo que me proporcionó la dicha de tardar cuatro ó seis horas mas de lo justo. Despues tuve el gusto de caminar algun tiempo á pié cerca de Orleans, por haberse descompuesto el ferrocarril con las lluvias. Despues, y en el momento de ir á pasar el gran túnel que está en las cercanías de Angulema se descompuso el telégrafo y tuvimos que atravesar dicho túnel á la buena ventura, pasando cuatro ó cinco minutos en una oscuridad tenebrosa y siempre con el temor de uno de esos choques que cuestan la vida á centenares de personas. Despues... llegué á Burdeos y monté en la diligencia que no llegó á Bayona sin sufrir dos grandes contratiempos, aunque estos son raros en Francia por la excelencia de los ganados de los carruajes y de los caminos. Uno de estos contratiempos fué el romperse la galga, lo que nos espuso á morir estrellados al bajar las cuestas que no escasean por aquella parte, y el otro consistió en prenderse fuego al eje del coche con lo que corríamos el peligro de acabar como san Lorenzo, aunque sin ganar como él la vida eterna por ser involuntario el martirio. En fin llegué á Bayona y fui á buscar billete para trasladarme á Madrid; pero ¡qué si quieres! Acababa entónces precisamente la temporada de los baños y todos los asientos de las diligencias estaban tomados para quince dias, siéndome, por lo tanto, preciso esperar todo este tiempo para que me llegase la vez; de modo que vine á tardar cerca de un mes en un viaje que podía hacerse en cinco dias. Me habia olvidado de decir á Vds. que el camino de hierro de Burdeos á Dax se abrió al público tan pronto como yo estuve en España, como si la empresa hubiera esperado á que yo pasase para abrirlo, cosa que no tengo la vanidad de creer y que solo se explica por la mala estrella que preside á mis viajes, y debo añadir, sin embargo, que quizás es en mis viajes donde la suerte se me muestra mas propicia.

Con estos antecedentes podrán mis lectores formarse una idea de mi postrera caminata, es decir, de la que acabo de hacer desde Madrid á Newcastle á consecuencia de haberme honrado el gobierno que felizmente rige hoy los destinos de mi patria con el consulado de este último punto. Pero no porque mis lectores se figuren lo que voy á decir abusaré yo ménos de su paciencia contando, que algun desahogo han de consentir á quien tanto cariño les profesa. En efecto, desde que yo me encontré con la representacion oficial que ahora tengo, parece como que se ha secado del todo la siempre escasa corriente de mi inspiracion. Así como cada terreno produce sus frutos especiales, segun su situacion geográfica, el hombre tiene su especialidad tambien segun la posicion que ocupa en el mapa-mundi de la sociedad; y yo no sé si un literato puede llenar debidamente las funciones de cónsul; pero tengo para mí que tan

pronto como se reviste con el carácter de cónsul pierde sus condiciones de literato. Esto es lo que á mí me sucede por lo ménos; la costumbre, aunque reciente, de ocupar mi atencion en los intereses comerciales, industriales y marítimos, formar padrones para mis queridos paisanos, examinar patentes de navegacion y roles de equipaje, hacer registros para los artículos de importacion en España, legalizar patentes de sanidad y consultar el Arancel de Aduanas vigente, me ha hecho en poco tiempo olvidar esos lugares comunes, esos giros rutinarios, esas frases estereotipadas, mil veces reproducidas por los que no tenemos imaginacion para crear otras nuevas, y por decirlo de una vez, ese barniz engañoso con que muchos cubrimos bajo una forma enfática y campanuda el vacío de nuestros pensamientos. En esta inteligencia, estaba por renunciar á la tarea de escribir estos artículos, temiendo urdir un documento consular en vez de una produccion literaria, y solo acometo esta empresa por el deseo que tengo de reanudar mis relaciones amistosas, aunque nunca interrumpidas en el fondo de mi alma, con los suscritores, redactores y editores del *Correo de Ultramar*.

Otra de las cosas que me desaniman, es la circunstancia de tener que describir un camino del cual en su mayor parte se han ocupado muchos viajeros. Porque hablando francamente me veo precisado á no decir nada ó á repetir lo que otros han dicho, y los dos extremos del dilema son harto desagradables para el lector que busca con razon en los escritos algo nuevo, y sobre todo, algo. En esta fatal alternativa, no sé yo por cual de los dos caminos inclinarme. Si repito lo que otros han dicho, corro el doble peligro de molestar á mis lectores y además pasar por plagiarlo. Para eso seria mas cómodo y tambien mas divertido, copiar literalmente lo que otros han dicho, apropiándomelo descaradamente, lo que por otra parte no seria extraño en este siglo en que tantos gallos se adornan con plumas ajenas. Pero esta es una de las cosas que mas repugnan á mi carácter, y así prefiero la originalidad de no decir nada. Por fortuna los escritores modernos tenemos la ventaja de ser muy pródigos de palabras ya que no tengamos ideas, y de esta verdad estoy dando la prueba mas evidente en este primer artículo. Como mis lectores verán llevo escritas un par de columnas de regulares dimensiones, y hasta ahora creo no haber dicho nada interesante. ¿Para qué? Mientras domine la moda de la palabrería seria un insensato el que fuese á poner en tortura su chirimén para producir obras que al fin y al cabo no son mas ó ménos estimadas segun el gusto de la época y la divergencia de pareceres, que por su misma variedad viene á constituir la armonia de la opinion universal. Y no crean Vds. que digo todo esto porque esté persuadido de ello, ni mucho ménos por lucir mis profundas investigaciones, sino para tener el gusto de alargar mi artículo sin decir nada.

Pero ya he hablado veinte veces mas de lo justo y todavía no he comenzado la narracion de mi viaje. ¿Pensarán Vds. por eso que cuando entre en materia, voy á guardar las proporciones que debe haber entre la obra y el prólogo? Nada de eso. Mis producciones son como esas casas que tienen gran fachada y poco fondo. Faltando á las primeras reglas del arte ando en progresion decreciente, y todo el interés que habia de dejar para el epilogo se resume en la introduccion. Otro parrafito en que hablo mucho para no decir nada. En fin, como quiera que sea, doy por terminado este artículo reclamando para él y los sucesivos la ya probada benevolencia de mis amados lectores.

J. M. VILLER GAS.

El inventario de un soltero.

Voy á contaros una historia ó, mejor dicho, á hacer la autopsia de un corazon que ya no late.

Nada queda en el mundo de aquel hermoso jóven, lleno de vida y de esperanzas, que frecuentaba aun no hace un año la buena sociedad de Madrid: nada queda de aquel Federico tan alegre, tan seductor, mas que un recuerdo que se borrará bien pronto, como la huella que deja la caravana en la arena del desierto.

¡Veinte y cuatro años! ¡Pronto acabaste tu peregrinacion! No viviste lo bastante para conocer el mundo en que habitabas. ¡Dichoso tú, Federico, que solo sufriste un pesar, que te llevó á la tumba!

Mucho he padecido al cumplir el encargo que me encomendaste en tus últimos momentos; pero supe acallar la voz del dolor que me devoraba, é hice el inventario de todos los objetos que te pertenecieron, para remitirselos á tu anciana y desconsolada madre.

Allí vi tu reloj, que tantas veces habrás mirado, contando los minutos, para acudir á las citas que debian hacerte feliz por algunos instantes. Estaba parado, como un cuerpo sin alma, y me dió miedo. Reflexioné que nuestro cuerpo no es otra cosa que una máquina como aquella, que puede quedar inmóvil en el momento que se quiebra alguna de las partes que la componen: el corazon es la mas importante y al mismo tiempo la mas frágil.

Despues tomé tus guantes, ¡Cuántas delicadas manos habian tocado suavemente! ¡En cuántas ocasiones habrás tomado con ellos puestos los billetes amorosos que te harian estremecer de alegría ó de deseos! ¡Cuántas veces tus manos, que ellos cubrian, habrán tem-

blado al recibir tú un desengaño ó al entrever una esperanza! Sin embargo, los guantes estaban casi como cuando los compraste, blancos y perfumados como el vestido de una doncella el dia de sus bodas... Quitad al hombre la sensibilidad y vivirá eternamente.

¡Un cordon de pelo! ¡Por Dios que son hermosos los cabellos!

Rubios y finos, lustrosos y suaves, debieron adornar la cabeza de una niña de quince años, inocente y bella: inocente, porque dorados son los cabellos de los ángeles; bella, porque es imposible que haya vestido la cabeza de una mujer vulgar este pelo de una hermosura no comun. Yo veía á la niña con los rizos sueltos cubriendo su espalda, delante de un gran tocador, si por acaso era de alta alcurnia, ó de un pedazo de cristal azogado, si era aldeana. Señora ó campesina, en el momento de tomar las tijeras asomaria á su rostro la púrpura del pudor, y vacilaria ántes de introducir las entre sus rizos. Despues repasaria mentalmente toda la historia de su amor, al ir á hacer el sacrificio de una parte del adorno que le concedió la naturaleza. Dirigiria una nueva mirada al espejo, y al verse jóven y hermosa, pensó que era imposible la olvidases nunca. Agitanse las tijeras, cae un rizo y la niña lanza un suspiro: duda si la prenda de amor que va á entregar será debidamente apreciada por el objeto de su cariño...

— Mal hiciste en dudar tal cosa, bella jóven, porque tus cabellos tuvieron un destino digno de su hermosura. El peluquero encargado de tejerlos empleó la mitad en concluir una peluca que hoy engalanará quizá la cabeza de una vieja verde, y la otra mitad — ¡la otra! — en forma de cordon, ha servido hasta aquí para atar un legajo de cartas de otras mujeres. ¿Quién sabe si servirá mañana para que un niño travieso aborquee algun perro?

Aquí hay un libro de memorias. La cubierta es de plata cincelada y entre sus adornos se ve una corona ducal. — ¡Perdona, Federico! abrí aquel libro, porque deseo que tu pobre madre no sepa jamás una parte de tu vida. Le abrí, y todas sus hojas estaban en blanco. ¡Ni una fecha, ni un nombre! Sin embargo, hallé en el lapicero dos iniciales conocidas, y ya pude leer una novela completa en aquellas páginas blancas y limpias como la inocencia immaculada. La accion del prólogo pasaba en un baile, y el desenlace detrás de las tapias del Buen Retiro; aquel estaba escrito con la negra tinta del adulterio, este con la sangre del crimen. La gran señora no quiso sin duda confiar al papel ninguno de sus recuerdos. ¡Feliz ella si cuando llegue á los cincuenta años no tiene tampoco ninguno en su corazon, y si el libro de su conciencia está en blanco como el que tengo en mis manos!

¿Qué es esto? ¡Siete sortijas formando una cadena! — ¿Qué quisiste significar, Federico, al enlazarlas de este modo? ¿Es esta cadena la de tus amores, empezada á construir á los diez y seis años, y concluida el dia de tu muerte? — Así debe de ser, porque el amor es una mezcla de buenos y de malos sentimientos, como mezcla de riqueza y de medianía hay en los diferentes anillos que forman esta cadena; así debe de ser porque en el amor hay pureza, como en este diamante, y cieno como en este ópalo cuya belleza empañan, á mis ojos, tintas verdosas y vetas sanguíneas; así debe de ser, porque en el amor entra por mucho la ostentacion, como en esta magnífica sortija cubierta de esmeraldas, y la sencillez como en esta otra, que es de plata con dos pequeños fragmentos de cristal, el uno verde y el otro encarnado.

Aquel centon de recuerdos me abrasaba la mano. Mis ojos no se apartaban de la cadena, por mas que lo intenté varias veces, y á fuerza de permanecer en la misma actitud, con el corazon palpitante y la mente inquieta, fueron ofuscándose mis ideas hasta el punto de creer que las sortijas se animaban, y que bullian entre mis dedos, produciendo un rumor pavoroso y estridente, semejante al de los esqueletos de un hosario al ser removidos. Quise meter los anillos en la cajita de terciopelo azul que servia de mortaja á tantas memorias de mujeres amadas por mi amigo, y al dejar caer la tapa volví á abrirla, exclamando: — Veamos si las inducciones pueden llevar al conocimiento de la verdad. Cada siglo escribe su historia en páginas de piedra y de bronce, en los monumentos que lega á las edades futuras: probemos si cada hombre deja escrita la suya en los objetos que le han pertenecido.

Y tomé con resolucion la cadena y la examiné detenidamente.

Esta sortija de oro sin mas adorno que la imágen de no sé que Virgen, malamente esculpida por inexperto artista, debe de haber pertenecido á una niña de catorce á diez y seis años, porque es tan pequeña, que no cabria en el dedo de una mujer. Es sin duda del primer amor de Federico. ¿Sabeis lo que es el primer amor? ¡Oh! ¡si no palpita vuestro corazon á su memoria; sino conservais de él un recuerdo vago como el de un sueño; misterioso y grato como la luz del crepúsculo, lleno de ternura como el beso de una madre, desgraciados de vosotros, porque la gangrena del vicio corroe vuestra alma! ¡Desgraciados de vosotros si vuestros ojos no vierten dulces lágrimas al recordar la alborada de la juventud, aquellos dias en que se ama sin saber lo que es amor, en que se desea lo que no se comprende, en que una sonrisa da la felicidad y una mirada desdenosa la quita!

Así debió amar Federico, así la niña que en prenda de amores le entregó la sortija. Uno y otro se conocerian quizá desde niños; quizá el afecto que se profesaba

ban habría pasado desde el cariño de tales al de hermanos, para convertirse después en amor. Llegaría un día en que ambos, temblando de emoción, con los ojos bajos y las mejillas sonrojadas se jurarían eterno amor. El naciente seno de la niña se agitaría suavemente, su imaginación buscaría en vano palabras para expresar sus pensamientos, y amaría á Federico ménos que á sus padres y hermanos; pero mas y de diferente modo que á los demás hombres. ¿Qué pasó mas tarde para no realizarse tantas esperanzas, para no llevarse á cabo tantos proyectos? ¡Pobre jóven! Aquella sortija que adornó tus torneados dedos, que fué testigo de tu amor más casto, ha venido, andando el tiempo, á confundirse con otras seis, entre las cuales las habrá de adúlteras y de muchachas perdidas!!! ¿Qué hiciste tú de la prenda que en cambio te entregaría Federico?

La segunda sortija es tambien de oro, sin adornos de ningún género: aquí, por la parte interior hay grabada una fecha, 18 de octubre de 1845... ¡Horror! ¡horror!... ¡es un anillo da boda! Federico pasó repentinamente, sin transición, del amor puro, al amor criminal.

Este otro anillo es de plata, y en su centro tiene engastados dos pedruzcos de cristal, uno verde y otro encarnado, que en concepto del artista que los colocó reemplazan dignamente á una esmeralda y un rubí. Nadie mas que las aldeanas usan sortijas de este género. ¡Ah! aldeana dije... Si, de la infeliz María, víctima de su inocencia y de una pasión ciega y dominante. Si la hubieras visto como yo, tan bella con su vestido de india, con aquellas mejillas tan coloradas como el collar de coral que rodeaba su cuello; con aquellos labios tan frescos como una rosa cubierta de rocío; con aquel pelo tan negro como la noche, la habrías amado como yo lo hubiera hecho si no ser amigo de Federico; y luego... después volveré á hablar de ella.

Tres brillantes de mas que regular tamaño adornan la cuarta sortija, que sola tiene casi mas oro que todas las demás juntas. Este no es regalo de una mujer jóven, porque las jóvenes tienen un exquisito tacto para elegir los que hacen á sus amantes, y este, sobre ser demasiado rico, es pesado y lleno de ringorringos como una vieja coqueta. De mano de una vieja le recibieras, Federico. ¿Y abandonaste á la pobre María para prodigar tus caricias á una mujer que presencié la caída de Godoy y el dos de Mayo? El orgullo, Federico, el orgullo. Sería una gran señora, acaso título de Castilla ó mujer de algún banquero, y por hacer papel correspondiente á sus ternezas, y conquistaste un lugar entre los objetos que mas quería en el mundo, es decir, entre sus perros, sus pergaminos, su oro y sus afeites. Las tupidas colgaduras de su gabinete, nunca dejarían penetrar mas que una dudosa claridad: ella te diría que los rayos del sol te dañaban la vista, ó que la mucha claridad excitaba su sistema nervioso. Pero realmente huía de la luz como los murciélagos, para ocultar su fealdad. También se quejaria siempre de algún disgusto de familia, de alguna leve indisposición, á fin de que no extrañases las huellas del tiempo y los excesos en su semblante. ¿Mas qué es esto comparado con la satisfacción que te causaria mandar en jefe á muchos criados, pasearte en carruaje y tener un palco en el Circo? Es verdad: todo eso es muy satisfactorio para el que no oye las conversaciones de los criados, ni ve las malignas sonrisas de los que le encuentran, ni sabe lo que de él se murmura. ¿Como terminaron aquellas relaciones? ¿Te retiraste con honor ó fuiste despedido como un lacayo?

Casada sería la primitiva dueña de esta sortija de esmeraldas: así me lo hacen pensar las iniciales F. R. de G. que aquí están esculpidas. O no era bonita ó carecía de sentimientos elevados la mujer que recibió á mi amigo de los brazos de la gran señora, vieja y fea. Apartemos la vista de este anillo que me repugna sin saber porqué: una voz interior me dice que fué de una mujer impúdica, que se entregó sin violentar su amor de esposa, acaso de madre. Su corazón no debió luchar entre el amor y el deber, porque de otro modo, no hubiera triunfado Federico, teniendo en su contra un escándalo reciente, y una conducta bastante relajada.

Forma contraste con la anterior, la sortija que á ella está unida, que es de oro sin cincelar, con un hermoso ópalo montado al aire. La piedra presenta diferentes colores, segun la hiera la luz, lo mismo que un alma virginal refleja las impresiones que recibe; y aparece teñida de un verde subido, emblema de esperanza, ya de una tinta violada, sanguinolenta, como simbolizando que perdida la esperanza queda herido de muerte el corazón. ¿Haría estas reflexiones la mujer á quien perteneció? Por lo demás nada hallé en ella que pudiera hacerme venir en conocimiento de las cualidades físicas ó morales de la que algún día la llevó en su mano: era un libro sin hojas, en que es imposible leer nada.

Bien conozco tu sortija, linda Cecilia: muchas veces al coger tu mano para bailar, me he lastimado con ella, porque entre sus labores hay dos ó tres puntas bastante agudas. Debírate satisfacer el daño que haces con tus ojos, sin buscar otras armas ofensivas ni defensivas, porque si aquellos son como dos saetas, tu pecho está cubierto con una coraza impenetrable. Todos cuantos te ven buscan la felicidad en tu amor; pero tú sabes mas, pues la buscas en el de todos... ¡Feliz tu joyero, si regalas una sortija á cada uno de tus amantes! Muchas veces me he preguntado si obras así por maldad ó por inocencia, y no he sabido contestarme: inocente ó infame, tienes á tu cargo mas de cuatro desafíos reanizados y no sé cuántos que se quedaron en proyecto ó terminaron en casa de Lhardy. Reflexiona en esto y te

reirás de los hombres ó los compadecerás; unos van á matarse por tí, y otros á comer, tambien por tí, causa de que á unos y á otros haya que llevarlos al lecho, á los del desafío heridos por las armas ó por el miedo, y á los de la fonda ebrios. ¡Oh poder de la belleza! Tú, Cecilia, en tanto que se matan ó se embriagan, que viene á ser lo mismo, estudias al espejo una sonrisa para fascinar á nuevos adoradores ó arreglas tus cabellos de modo que hagan aun mas seductor tu provocativo semblante. ¡Por Dios que haces bien! Nada importa que entre los muchos que fingien por tí una pasión que no sienten, haya alguno á quien mates con tus desdenes, á quien vuelvas loco con una palabra tierna ó una mirada significativa; nada importa que dejes caer en su corazón gota á gota el veneno de los celos. Ese es un niño, que no merece que tú, bella y adorada cual ninguna, te dignes aliviar sus penas, siquiera desengañándole. ¡Halaga tanto el orgullo de una mujer un amante mas! Si padece, él tiene la culpa en tomar las cosas por lo serio... Preciso es ser tan audaz como tú, para que Federico, Federico que aborrecía á las coquetas, cayese en tus redes, y fuese por algún tiempo unido, á tu carro triunfal. Cuando supiste que habia muerto ¿tuvieron tus ojos una lágrima que derramar á su memoria? No, no llorarias, Cecilia, por no empañar durante algunos minutos el purísimo azul de tus ojos. Tampoco tendrás para él un recuerdo, porque no sienta bien á tu rostro la expresion de la melancolía. Federico fué una estrella que apareció en el horizonte de tus amores, brilló, y se ocultó para siempre, sin dejar huella alguna ni en tu corazón, ni en tu memoria... ¡Pobre mujer! ¡pobre mujer! ¡Ay de tí el día que aparezca la primera arruga sobre tu frente, porque huirá esa turba de aduladores que hoy te rodea, como una bandada de buitres cuando de su presa no quedan mas que huesos que no pueden devorar! ¡Pobre mujer! ¡pobre mujer! prodiga como hasta aquí tu retrato á todos tus amantes, y algún día tendrás el gusto de volver á verlo adornando las paredes de alguna prndería.

La vista de este anillo, último de los que componian la cadena, me disgustó profundamente.

— Esta es la vida del hombre, exclamé: al principio pureza, amor, sensibilidad; después ¡cien, polvo, nada! Busca el hombre un alma como la suya, la encuentra y la desprecia, prosigue buscándola y tropieza con la tumba...

Federico estudiaba el arte de curar las enfermedades del cuerpo, y al mismo tiempo el de pervertir su parte moral; era estudiante de medicina y jóven de mala cabeza. Asistía á clase dos ó tres veces en la semana, leía cada mes otras tantas hojas de los libros de texto, en tanto que tarareaba una canción báquica, y perdía el tiempo en el café suizo murmurando de todo el mundo. A pesar de esto, todos los años ganó curso, y era admitido en las reuniones mas notables. Busque el que quiera la causa de ambos fenómenos.

Uno de los pocos días que Federico asistía á cátedra, encontró en el patio del colegio á varios discípulos que le invitaron á entrar en el anfiteatro á oír la explicación práctica de una difícilísima operación. Federico accedió sin deseos ni repugnancia, como hombre despreocupado, y entró en el anfiteatro, en cuyas gradas se veía ya considerable número de alumnos, que esperaban con ansia la llegada del catedrático, de modo que mi amigo tuvo que sentarse en la parte baja de la gradería.

En medio de la vasta sala habia una mesa de mármol blanco, y sobre ella un bulto informe, cubierto con una sábana de dudosa blancura, en la cual se percibían algunas manchas sanguinolentas.

El catedrático no se hizo esperar; sentóse, y después de un breve exordio, explicó detenidamente la operación que iba á practicar. Levantó en seguida las mangas de su frac, y tiró con desenfado de la sábana.

Un cadáver de mujer, completamente desnudo, quedó expuesto á la vista de algunos centenares de hombres.

Nadie se mostró admirado de aquella profanación, necesaria tal vez, pero no por eso ménos horrible, que arrancaba un cuerpo á la huesa, para hacerle blanco de impúdicas miradas, objeto de groseros chistes. No hay duda que el hábito embota la sensibilidad.

El catedrático tomó un instrumento, hizo una ancha herida en el cuello del cadáver, y fué examinando uno por uno todos sus músculos...

¡Y los espectadores siempre frios, siempre insensibles! ¿Qué eres, corazón, si así te petrificas? ¡Ah!... Blanda cera hasta los veinte años, barro hasta los cuarenta, y después piedra.

Hay profesiones que invierten las edades.

Federico miraba como uno de tantos el horroroso espectáculo que tenia delante, aunque á decir verdad, se hallaba colocado de modo que no veía distintamente lo que pasaba en la mesa, no obstante encontrarse cerca de ella. Pero por esta misma razón le llamó el catedrático para que le ayudase á concluir su disección.

El jóven se aproximó á la mesa y un grito terrible se escapó de su pecho; erizáronse sus cabellos, y sus ojos tomaron tal expresion de espanto, que hacian temblar Federico, loco, fuera de sí, tomó entre sus manos la cabeza del cadáver, la contempló un instante y cayó desplomado.

¡Aquel era el cuerpo de María!

De María, la sencilla aldeana, á quien sedujo y abandonó después, para que recorriese toda la espantosa escala de la prostitución. ¡De María que tuvo la debilidad de creer sinceras sus promesas, y de amarle con ese amor sin palabras, sin ostentación, desinteresado

y sublime, que Dios inspira á las gentes sencillas y honradas! ¡De María que le mostró la adhesión de una esclava y la ternura de una madre!

¡Federico, Federico! tu ignorabas que, pobre, sin asilo donde albergarse, por no atreverse á llamar á la puerta de sus padres, llevando el sello de la infamia en su frente, María tuvo que mendigar el sustento, hasta que se turbó su razón, y vaciló su virtud, y muriéndose de hambre y de despecho, fué á caer en los brazos de un viejo gastado, que pronto pagó sus favores con la ingratitud y el olvido. Y otra vez se vió pobre y sola, perdida y degradada, y al fin formó parte de una compañía de baile, en clase de figurante. Allí, al principio con rubor y luego con indiferencia, expuso sus torneadas formas ante un público numeroso, y llamó la atención por su belleza. El teatro fué para María, como para otras muchachas, un trasunto de los bazares de Constantinopla, donde acuden los sultanes de la depravación... No quiero profundizar mas la historia de aquella desgraciada; ya he dicho que recorrió la inmensa escala de la prostitución, para ir á morir, ajada y vieja á los veinticinco años, en el hospital.

¡Federico, Federico! ¡entregaste un cuerpo al vicio y un alma á la desesperación!

Mi amigo murió á consecuencia de la terrible impresión que le causó la vista del cadáver de María. Si cometió graves faltas en su vida, con ella pagó la mayor de todas. El mundo le hizo justicia, pues le concedió la envidiable celebridad de un D. Juan Tenorio, y algún día pintará su historia en alcuñas y petacas.

¿Quién se acordará de la pobre María? Nadie, á no ser el enfermero del Hospital, que hizo una mercancía de su hermosa cabellera, y el ayudante, que vendió su cráneo para el estudio de un hábil anatómico.

CARL. DE PRAVIA.

Viaje del Emperador y de la Emperatriz á Inglaterra.

El Emperador y la Emperatriz salieron de las Tullerías el 16 de abril á la una y cuarto en los carruajes dispuestos para llevar á SS. MM. con su comitiva al camino de hierro del Norte, en cuyo embarcadero fueron recibidas por el baron de Rothschild y los demás directores del camino.

A la una y veinticinco minutos el tren imperial salió de la estación dirigido por el ingeniero en jefe M. Petiet. En todo el tránsito entre Paris y Calais, las autoridades habian mandado adornar las estaciones. El Emperador y la Emperatriz llegaron á Calais á las ocho cuarenta y cinco minutos, donde fueron recibidos por una brillante reunion de que formaban parte las principales autoridades. SS. MM. fueron en coche al hotel Dassin pasando bajo arcos de triunfo iluminados y no tardaron mucho en retirarse.

Al otro día lunes, las autoridades lo habian dispuesto todo para la marcha. El tender del almirantazgo inglés *el Vivid* llegó de Douvres con el contra-almirante Even y sir Roberto Peel, y los vapores se dispusieron á salir. El Emperador y la Emperatriz entraron á bordo del *Pelican*, que marchó precedido del vapor *la Reina*, fletado para llevar una diputación del consejo municipal de Paris á la corporación de la Cité. Al dejar el puerto SS. MM. fueron saludadas por el cañon de los buques franceses de guerra, dirigidos á Calais para el recibimiento imperial, y *el Pelican* se alejó de las costas de Francia en medio del humo y de los gritos de *viva el Emperador! viva la Emperatriz!* La travesía habria sido mejor, si por desgracia no se hubiese formado una niebla muy densa. Dirigido por *el Impress. el Pelican* apareció en el puerto de Douvres, á los ojos inquietos de la muchedumbre. A su llegada la música entonó el *Partant pour la Syrie*. El Emperador y el príncipe Alberto que le esperaba en Douvres para recibirle, se saludaron; las tropas presentaron las armas, y en los muelles y las plazas el gentío lanzaba gritos de júbilo en presencia de los nobles visitantes. En cuanto se llenaron las formalidades del ceremonial, el príncipe Alberto y SS. MM. II se dirigieron al hotel de lord Warden, donde estaban ya preparados magníficos aposentos. El entusiasmo de la población no tenia límites.

Al subir la escalera principal del hotel, mistress Hakes, la señora del dueño actual, ofreció á la Emperatriz un magnífico ramillete que S. M. aceptó graciosamente.

No abrigamos la pretension de describir las magníficas despregadas en los aposentos de SS. MM., pues todo nuestro periódico no bastaria para enumerar todas las maravillas de los tres reinos desplegadas para honrar á los ilustres visitantes; nos limitaremos pues á contar sucintamente las diferentes recepciones hechas á SS. MM. II. en todos los lugares que honraron con su presencia hasta su llegada á Windsor-Castle.

Al cabo de algunos instantes de reposo y de un lunch confortable, SS. MM. acompañadas del príncipe Alberto y de sus comitivas, bajaron al salon donde las esperaba el alcalde, la corporación de la ciudad y todos los oficiales civiles y militares; los miembros designados por la corporación se adelantaron hasta el pie del dosel dispuesto para SS. MM., y leyeron una felicitación á la que respondió el Emperador en inglés. Concluido este discurso, S. A. R. el príncipe Alberto condujo á SS. MM. á la estación del rail-way situada á dos pasos del hotel, adornada con pabellones de todos

los colores; la tropa de línea que formaba la guardia de honor y la compacta muchedumbre que llenaba el aire con sus gritos, formaban un cuadro conmovedor, á que no fueron insensibles SS. MM. El Emperador y la Emperatriz, el príncipe Alberto, lord A. Pajet, el general Grey y el coronel Seymour tomaron asiento en el coche real; la condesa Walewska (mujer del embajador de Francia), y las damas de la comitiva de la Emperatriz entraron en el segundo wagon. Sin exageración puede decirse que de Douvres á Londres el camino fué una verdadera ovación. Cuando el convoy llegó á la estación de Bricklaken-Arms, en Londres, los visitantes descubrieron una profusión inaudita de flores de todas clases que embalsamaban el aire y que daban á todas las plata-formas del rail-way la apariencia de un magnífico jardín inglés. Al presentarse el tren en la estación la música entonó el *Partant pour la Syrie*, en tanto que el lord-corregidor y los sherifs se adelantaban para recibir á los otros personajes.

Seis carretelas descubiertas de la casa real se hallaban dispuestas para recibir á SS. MM. con su comitiva; el príncipe Alberto entró en la primera, dando la mano á la Emperatriz para que subiera, y se colocó en el asiento delantero, dejando el fondo del carruaje para

el Emperador y la Emperatriz. Entonces el entusiasmo tomó un vuelo gigantesco. El desfile tuvo lugar sin embargo con el mayor orden, en medio de mas de un millon de personas, entre las cuales se contaba lo mejor de Londres, y todas en un grito unánime daban las gracias á SS. MM. por su visita. El cortejo seguido de una muchedumbre inmensa atravesó Charing-Cross, Cockspur-street, Pall-Mall, S. James-street, Piccadilly, Hyde-Park, en medio de flores y de brillantes uniformes, y llegó hasta Paddington, estación del camino del Oeste, acompañado por el entusiasmo y los gritos de júbilo de una muchedumbre compacta y electrizada.

La muchedumbre reunida en el punto adonde debía llegar el tren real, se hallaba en la mayor ansiedad; se habia anunciado el convoy para las cuatro, y nada se descubria aun sobre la línea-férrea; ya los temores tomaban cierta consistencia cuando de repente se oyó un cañonazo, era la señal convenida para anunciar la llegada de los ilustres convidados; la alegría resplandecía en todos los rostros; mas de tres mil personas de la mas alta distincion saludaron el cortejo con frenéticas aclamaciones, y una iluminacion ostentosa alumbraba aquellos esplendores. El Emperador, la Emperatriz y el príncipe Alberto despues de haber notado

las cifras iluminadas, los transparentes con estas palabras: ¡Welcom, Welcom in Windsor! ¡Viva el Emperador! ¡viva la Emperatriz! subieron con su comitiva en los carruajes que les trasladaron al palacio de Windsor, donde llegaron á las siete de la noche.

La Reina, acompañada por el príncipe de Galles, la princesa real, el duque de Cambridge y el príncipe de Leiningen recibió á los ilustres visitantes. Los grandes oficiales del Estado, las camareras, el vizconde de Palmerston, el primer lord de la tesorería lord Clarendon, asistian tambien á esta primera entrevista. La Reina, tomando el brazo del Emperador y la Emperatriz el del príncipe Alberto, pasaron al salon del trono donde les esperaban los miembros mas jóvenes de la familia, y al punto principiaron las presentaciones oficiales. SS. MM. se retiraron despues á sus aposentos particulares.

Por la noche S. M. la Reina dió una gran comida en S. Jorge-Hall. Los convidados eran el Emperador y la Emperatriz de los franceses, la duquesa de Kent, el duque de Cambridge, el príncipe de Leiningen, las damas y los nobles de las casas del Emperador y de la Reina y algunas personas escogidas. La música de los granaderos de la reina tocó al instante el famoso *Par-*



Llegada de SS. MM. á la estación de Bricklayers-Arms, en Londres.

tant pour la Syrie, y durante toda la comida se sucedieron las tocatas favoritas del Emperador y de la Emperatriz.

Al otro dia martes, el Emperador habia señalado la hora de las tres para recibir las felicitaciones. Se presentaron sucesivamente las diputaciones de la Cité de Londres, la del cuerpo de comerciantes y banqueros, la del pueblo de Windsor, y por último entraron el lord-corregidor de Londres, el recorder y los sherifs suplicando á S. M. que tuviera á bien honrar Guidhall con su visita, convite que S. M. aceptó proponiéndose llevar consigo á la Emperatriz.

Desde este instante no cesaron las fiestas. Durante la ceremonia de la presentación de felicitaciones, la Reina y el príncipe Alberto habian mandado preparar una magnífica revista en el hermoso parque de Windsor. Inútil sería describir el entusiasmo del ejército y de la muchedumbre reunidos en aquel sitio; baste decir que desde el momento de la llegada de SS. MM. á Douvres hasta su vuelta á Francia la fiesta pública fué universal en Inglaterra.

Al dia siguiente la Reina mandó reunir á las tres el capitulo de la orden de la Jarretera para que recibiera

miembro de la orden al Emperador de los franceses. Esta ceremonia fué imponente. Hé aquí como la describe el *Monitor* del lunes:

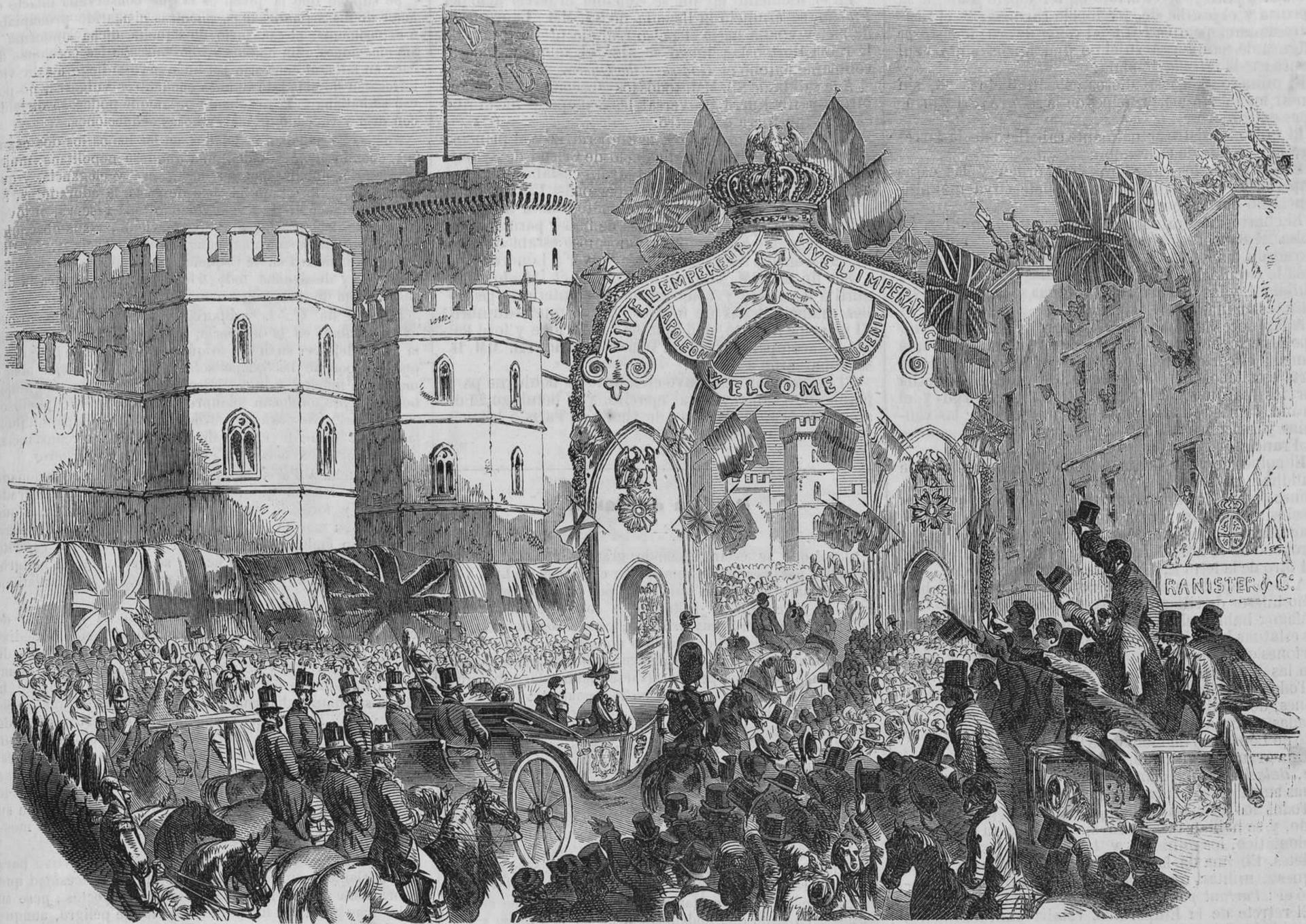
« Se habian preparado tres salas: la de música, la de recibimiento y la llamada de la *jarretera*, cuyo centro estaba ocupado por una gran mesa cubierta de terciopelo morado. Al extremo se elevaba bajo un dosel del mas rico aspecto un trono de marfil y terciopelo. En la sala de música estaban colocados guardias de la Yeomanry, especie de milicia de honor creada por Enrique VIII para el servicio de palacio, y cuyo uniforme no ha sufrido el menor cambio desde esa época. En la sala de recibimiento y á la entrada de la de la Jarretera el servicio se hacia por gentileshombres de armas, oficiales todos y la mayor parte de ellos de buena familia, cuyas funciones son casi las de nuestros antiguos guardias de corps.

» La ceremonia estaba anunciada para las tres. Los caballeros de la orden que debian asistir estaban reunidos en la sala de música. Nada mas curioso que el traje de la Jarretera: un gran manto de terciopelo azul con cola y un cuello de seda encarnada alrededor del cual descende el collar de la orden, de un aspecto ma-

jestuoso á los nobles caballero, que pertenecen las mas nobles familias del reino Unido.

» A las tres y cuarto el obispo de Oxford, canceller de la orden, los fué llamando por sus nombres, y despues de formar en una sola línea segun la fecha de su nombramiento, los caballeros se pusieron en marcha procesionalmente y se han colocado en la sala de la Jarretera alrededor de la gran mesa. A las tres y media fué anunciado el Emperador.

» Su Majestad ha entrado en la sala de música precedido de dos heraldos de la orden, revestidos de mantos encarnados. El Emperador llevaba al príncipe Alberto á su derecha y al duque de Cambridge á la izquierda; detrás iban la reina Victoria y la Emperatriz seguidas de las dos casas imperial y real. Habiendo SS. MM. tomado asiento en los sillones que les estaban preparados, se levantó el obispo de Oxford, y despues de pedir el beneplácito de la Reina, leyó los estatutos de la orden y proclamó la eleccion. El Emperador se acercó á la Reina y recibió de ella dos veces el abrazo. Se ha notado mucho entre los asistentes que, en lugar de un simple apretón de mano que la Reina suele dar al caballero nuevamente elegido, habia abrazado dos veces al

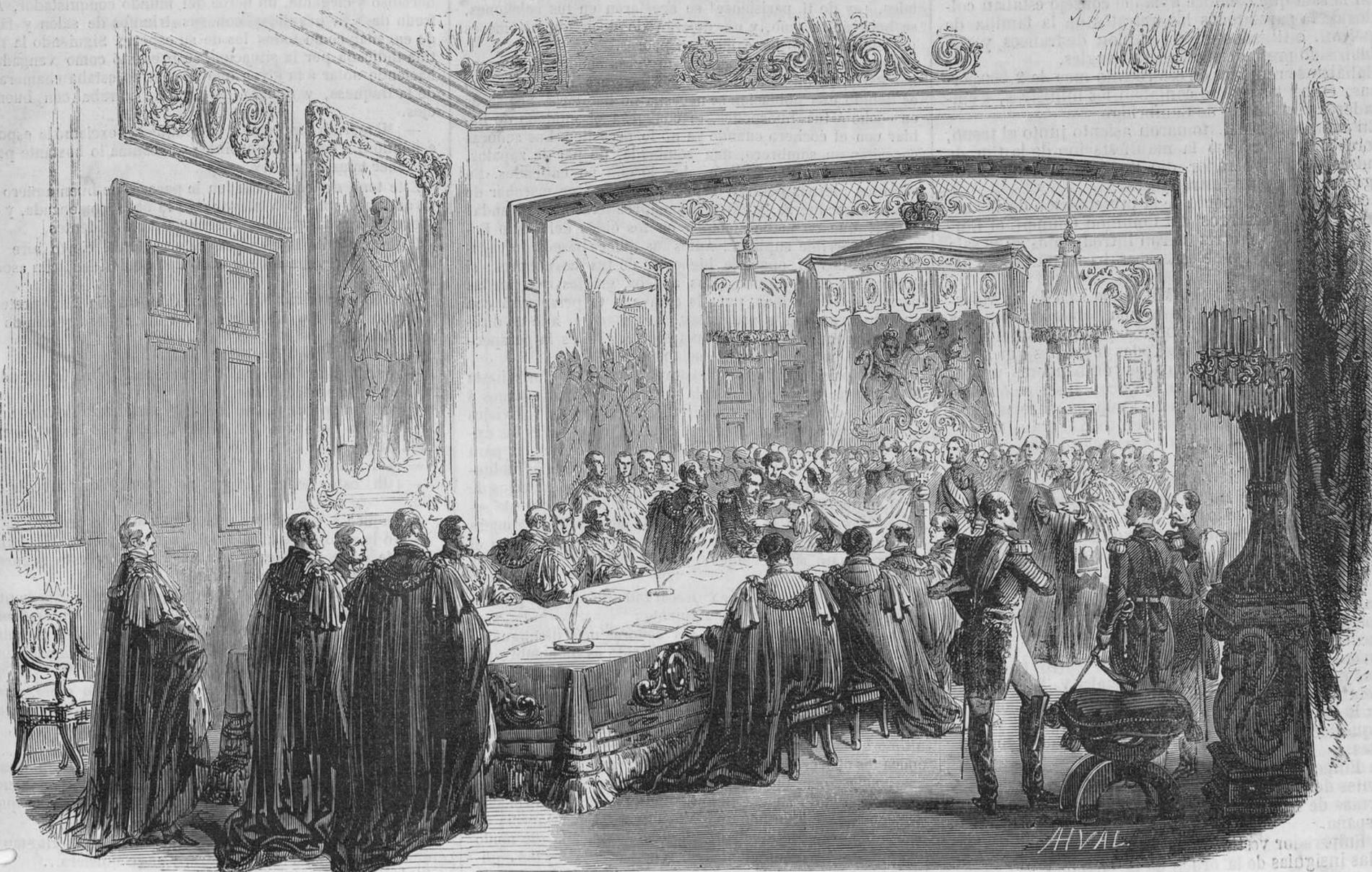


Entrada de SS. MM. en Windsor.

Emperador. Este dió entonces vuelta á la mesa; los caballeros estaban en pié. Su Majestad dió la mano á cada uno, y terminada la ceremonia fué conducido á sus

apuestos por el marqués de Breadalbane, primer lord chambellan.»
La órden de la Jarretera es muy antigua, puesto que

ha sido establecida por Eduardo III en 1347. Su traje y las insignias son: 1º la jarretera de terciopelo azul oscuro, en la que está inscrita esta divisa: *Honni soit*



Ceremonia del recibimiento del Emperador como caballero de la órden de la Jarretera.

qui mal y pense; 2º el manto de terciopelo azul; 3º la caperuza y el justillo de terciopelo carmesí; 4º el sombrero de terciopelo negro; 5º el collar de oro; 6º el Jorge ó figura de San Jorge sujeta á una ancha cinta azul oscura; 7º la estrella de plata.

El número de los caballeros está limitado á 25, sin contar los soberanos, príncipes de la sangre real y príncipes extranjeros.

El único ministro actualmente caballero de la Jarretera es el conde de Clarendon.

Por la noche los caballeros de la órden y las casas imperial y real asistían á un banquete cuya magnificencia no puede describirse.

El cuarto día era el de la población de Londres. La Bolsa, el Banco, los almacenes, todo estaba cerrado como en un día de fiesta. Desde las nueve estaba prohibida la circulación en todas las calles que conducen á Guildhall, y las plazas en las ventanas se pagaban hasta 2 lib. esterlinas.

A las doce llegaban de Windsor la Reina y el príncipe Alberto, el Emperador y la Emperatriz; y á la una y media el cortejo, compuesto de cinco coches de la corte escoltados por Life guards, se puso en marcha por los parques, Whitehall, el Almirantazgo y el Strand. Jamás se había visto tanta afluencia: las ventanas y balcones estaban empavesados con los colores de Francia.

El golpe de vista de la grande calle de árboles de Guildhall era soberbio. Al extremo se elevaba un inmenso dosel color amarillo y oro, con ropajes de carmesí sembrado de abejas bajo el cual se hallaban dos magníficos sillones dorados. El respaldo de uno estaba coronado de la letra N, orlada de ramos de laurel, y el del otro de la letra E, adornada del mismo modo.

A cada lado de la entrada hasta el trono se hallaban ocho hileras de sillas. Las gigantes casacas e-tatuas de Gog y Magog habían sido levantadas de muchos pies; todas las estatuas han sido limpiadas y estaban coronadas de cartones que contenían águilas y leones de oro y plata con las palabras NAPOLEON y VICTORIA.

Todo esto estaba entremezclado de inmensos pabellones, de medias lunas y banderas de las potencias aliadas, é iba á enlazarse con las armas unidas de la Cité de Londres y la ciudad de París.

Una grande divisa adornada con estas palabras: *Alma, Balacava, Inkermann*, cubría lo largo de las ventanas superiores, unida á trofeos de armas.

Todos los asientos estaban cubiertos de paño encarnado, y se habían reservado las plazas para el cuerpo diplomático, los ministros y las personas provistas de billetes. Encima de la entrada se hallaba una doble orquesta militar, que á la llegada del Emperador ejecutó el: *Partant pour la Syrie*.

El retrete de la Emperatriz estaba suntuosamente amueblado; los sofás y los sillones eran de madera esculpida y dorada, las cortinas de encaje. Sobre el aguamanil de mármol blanco había un servicio de porcelana de China y jarrones de Venecia. La Psiquis estaba guarnecida de un soberbio marco de oro, y una alfombra de Smirna cubría el toldado.

En la sala que conduce á la del corsejo estaban colgados de la pared todos los retratos de la familia de Napoleon, estimados en un millon de francos, y que habían sido prestados por un rico inglés.

Hallábanse reunidas en ese recinto mas de 2,000 personas, entre las que se contaban los ministros, y embajadores y el duque de Cambridge.

En cuanto SS. MM. tomaron asiento junto al trono, el lord-corregidor leyó la manifestacion de la Cité de Londres, y el Emperador dió una respuesta que fué acogida por aplausos estrepitosos.

Concluida la ceremonia de la presentacion de los aldermen y los miembros del Common Council, el Emperador y la Emperatriz fueron introducidos en la sala de los Aldermen donde les esperaba un suntuoso almuerzo.

A las cuatro salieron SS. MM. de la sala de los Aldermen. La Cité estaba llena de una población inmensa compuesta sobre todo de obreros que aclamaron á SS. MM. con hurras entusiastas. Todas las calles que atravesó el cortejo estaban adornadas con banderas unidas de la Inglaterra y de la Francia, con inscripciones de: *viva Napoleon!* *viva Eugenia!* con banderolas, etc.; no había una casa sin adornar en todo el tránsito.

A las seis SS. MM. volvían á palacio despues de haber hecho una visita á la embajada francesa. Por la noche hubo una gran comida, y luego á las nueve y cuarto los augustos huéspedes de la Inglaterra fueron á la ópera acompañados por la Reina. Toda la ciudad estaba iluminada con un gusto exquisito; las iluminaciones todas de gas, presentaban ingeniosos emblemas; aquí la órden de la Jarretera, allí las cifras imperiales y reales.

La Reina y el príncipe Alberto, el Emperador y la Emperatriz, ocupaban la misma carroza, y la corte les precedía en siete carruajes de gala.

En dos días se había transformado el teatro. Por todas partes flotaban banderas con las iniciales V. N. E. A.; no se veía mas que espejos, luces y canastillos de flores.

La Reina llevaba un vestido de brocado azul y oro, enriquecido de blonda de oro y una corona de brillantes.

La Emperatriz llevaba un vestido de raso blanco con volantes de pluma, una diadema de esmeraldas y las insignias de las órdenes de Portugal y de María Luisa de España.

El Emperador vestía el uniforme de oficial general, con las insignias de la órden de la Jarretera.

En el momento en que se concluía el tercer acto del *Fidelio*, se anunció la llegada de SS. MM. La orquesta de pié, y vuelta hácia el palco real ejecutó la tocata de la reina Hortensia; luego se alzó el telon y toda la compañía entonó el *God save the Queen*.

A la salida de SS. MM. todos los espectadores se levantaron, y un hurra universal les acompañó hasta que se hallaron fuera del teatro.

El viénes el Emperador, la Emperatriz y el príncipe Alberto fueron á visitar el palacio de Cristal de Sydenham. Aunque la entrada en el jardín costaba una libra esterlina, había mas de 30,000 personas. Un almuerzo magnífico fué servido en los aposentos de la Reina, y solo á las tres y media, despues de haber permanecido cerca de cuatro horas en aquel hermoso establecimiento, salieron sus majestades, para volver á Londres.

Por fin SS. MM. salieron de Londres el sábado 21 de abril á las once, y como en los días anteriores las calles estaban llenas de una compacta muchedumbre. El príncipe Alberto, el duque de Cambridge y lord Paget-los acompañaron hasta Douvres, donde SS. MM. II. se embarcaron á las dos.

El Emperador se detuvo el sábado en Boulogne para pasar una gran revista al ejército, y el domingo 22 de abril, SS. MM. se hallaban de vuelta en París á las seis y media de la tarde.

Revista de Paris.

Dícese que se están haciendo grandes preparativos en Versalles para recibir dignamente en el palacio de Luis XIV por una parte á la reina Isabel II y por otra á la reina Victoria. El viaje de S. M. británica es cosa decidida, y aun se asegura que será muy próximo; pero en cuanto á la visita de la reina Isabel no tenemos noticias tan positivas; el estado político de la España parece un impedimento demasiado grave para que pueda salvarse fácilmente, y la presencia de la reina en la corte en los momentos en que se elaboran las instituciones y leyes del Estado es de todo punto indispensable. Sea como quiera, la noticia corre, y á fuer de cronistas fieles estamos en el deber de señalarla.

Entretanto, van principiando á llegar á Paris habitantes de todo el universo. En las calles, en los paseos, en las fiestas públicas tropezamos á cada paso con trajes de forma extranjera. Ya no hay coches bastantes en Paris para las familias que admiran las piedras de los monumentos. Todas las lenguas, todos los idiomas, todos los dialectos se cruzan en el aire parisiense, y todavía no tenemos aquí sino la vanguardia de lo que se espera. Mientras no nos ahogamos en las calles, en tanto que veamos un coche en las paradas, en tanto que podamos entrar en una fonda y almorzar enseguida, sin haber prevenido al mozo ocho días de antemano, podremos estar seguros de que la Exposicion Universal no está abierta aun; pero cuando los trenes llamados « de placer » por los incautos que no han estado en ellos viertan aquí torrentes de poblaciones, cuando los provincianos y los extranjeros invadan la capital de las capitales, ¡ay de tí parisiense! se acostarán en tus colchones, se beberán tu vino, y no dejarán de decir que el vino es detestable y que las camas son peores.

Despídete ya de tu libertad; te verás condenado á enseñar Paris, tú que nunca le has visto, pues para ver como es debido una población se necesita no habitarla. Si paseas en coche á tus huéspedes, te confiarán el cuidado de hablar con el cochero cuando ya no le necesiten. Las señoras necesitan un sombrero, una sombrilla, un par de zapatos, tienes que dar tu opinion sobre lo que no entiendes. En vano tus piernas pedirán reposo, tendrás que marchar de grado ó por fuerza, y entonces comprenderás el fatal ¡anda! ¡anda! que resonaba siempre en los oídos del Judío Errante. ¡Horrible suplicio! Adios tus dulces paseos de vagabundo, adios el apacible bienestar de tus costumbres; si encuentras en el camino á tus amigos, gracias que puedas decirles, buenos días, pues la caravana te perseguirá con sus observaciones y preguntas, sin pasar por alto no dirémos un monumento sino ni una piedra. ¡Tal es la perspectiva de tu porvenir durante seis meses!

La Exposicion Universal trastorna este año los usos hasta el punto de que no se habla todavía, aunque estamos á mediados de mayo, en los círculos elegantes de los viajes acostumbrados por esta época, y si se habla todas las excursiones al campo y á los baños quedan aplazadas para despues de haber visto con desprecio las maravillas industriales y artísticas que se amontonan hoy en los palacios de los Campos-Eliseos. — Sin embargo, la crónica de esta semana ha señalado la desaparicion de una noble extranjera con direccion á Nápoles, si bien es verdad que cuenta el caso como un acontecimiento excepcional en las actuales circunstancias.

La historia es auténtica, y descargada de algunos pormenores puede reducirse á lo siguiente:

Madama de X... es una de las señoras mas distinguidas de la alta sociedad de Paris, y su marido es un hombre joven y elegante. Todo se halló de acuerdo en este enlace, la simpatía recíproca, el rango de las familias, la fortuna, y los dos esposos disfrutaban de una felicidad envidiable desde hace cinco ó seis años que estaban unidos, cuando el año último hicieron un viaje á los baños de Baden. Por esta época los observadores superficiales que solo juzgan por las apariencias, pensaban de ellos que eran tan dichosos como el primer día de su union, lo que en el fondo no era cierto, pues si la pasión en uno de los dos esposos permanecía en toda su fuerza, en el otro se había modificado, de modo que entre ambos sentimientos no reinaba ya la ley del equilibrio.

Se supone que la joven es la que conservaba intacto el amor de los primeros días, mientras el marido principiaba á experimentar el cansancio de aquella dicha uniforme y sin emociones. Sin embargo, no buscaba las ocasiones de caer en falta, al contrario las huía, pero si llegó á salir victoriosa su fidelidad de algunos encuentros vulgares, no por eso se hallaba á la prueba de un ataque poderoso dirigido con arte y rodeado de maravillosas seducciones.

Apénas se hallaban instalados en los baños los dos esposos, cuando llegó á Baden una duquesa napolitana, mujer de historia, notable por su hermosura y elegancia, y que conocía en alto grado el arte de hacerse adoradores. Su brillo fascinó á M. de X... Olvidando toda reserva, el joven marido se declaró su adorador ferviente, y sus obsequios fueron admitidos con una complacencia señalada. La duquesa era diestra en la coquetería, era amiga de inmolar víctimas, y desdeñaba todo triunfo que no causara la desesperacion de otra mujer.

Madama de X... la proporcionó esta satisfaccion; poco experimentada en la desgracia, y poco dueña de sí misma, la joven dejó ver su dolor, lo que era doblemente peligroso, primero porque las quejas solo sirven para alejar mas y mas á los infieles, y luego porque las penas de una mujer bonita la proporcionan siempre un enjambre de piadosos consoladores. No obstante, el marido no fué culpable, pues la italiana se fué de repente de los baños por circunstancias que quedaron envueltas en el mas profundo misterio.

A su vuelta á Paris la joven esposa había reflexionado mucho; la leccion que acababa de sufrir había madurado su razon y formado su experiencia. Enamorada mas que nunca de su marido, y mas que nunca fiel á sus deberes, se hizo sin embargo coqueta por prudencia, por espíritu de conservacion, y por si acaso se renovaba el peligro, continuó sufriendo la corte que la hacian sus caritativos adoradores.

Por desgracia no tardó en presentarse el momento de tener que echar mano de aquel recurso extremo; á mediados del invierno la duquesa entraba en Paris. Madama de X... esperaba verla, y no manifestó el menor asombro cuando la distinguió en los Italianos una noche. Sin embargo, la intriga se complicaba con un nuevo peligro; la marquesa en su viaje á Paris venía acompañada de un suspirante de su país, hombre de una figura bastante grotesca, pero de un humor belicoso que, puesto á la prueba en varias ocasiones, había sido fatal para sus adversarios. Pretendiente de una obstinacion sin ejemplo, los desdenes de la duquesa no le desanimaban, y seguía firme en su puesto contando con su brazo, resignado á la paciencia hasta el instante de mostrarse terrible con sus rivales.

De modo que M. X... tenía un duelo en perspectiva para salir adelante; quizás no pensaba en esta necesidad que seguramente no habría desbaratado sus proyectos; pero su mujer mas previsora había descubierto ese peligro, aunque tuvo la fuerza suficiente para disimular sus alarmas, para conservar la presencia de espíritu mientras ponía en planta sus planes.

Entre los adoradores alentados por su inocente coquetería, había escogido el que le pareció mas apto para representar el papel que le había destinado. Era este un joven hermoso y elegante, un héroe del mundo conquistador, Alfredo de N..., orgulloso con sus triunfos de salon y fácil de engañar como todos los de su especie. Siguiendo la rutina indicada por la situación, se presentó como vengador, haciendo notar á la joven que su marido estaba enamorado de la duquesa, y que la duquesa le miraba con buenos ojos.

— ¡Mi marido emprender tal conquista! exclamó la esposa echándose á reir, es imposible; se estima lo bastante para no tener tales caprichos.

Este tono de irónico desden le pareció de buen agüero al joven, que siguió con mayor celo la obra comenzada, y en breve le pareció que sus progresos eran evidentes.

Pero de súbito la ofendida esposa tomó cierto aire de tristeza; observaba á su marido con curiosidad, con asombro.

— Creo que tiene Vd. razon, dijo un día á su pretendiente; mi marido hace la corte á la duquesa y ella no le recibe mal.

— ¿Se convence Vd. ahora?

— ¡Es singular! obtiene la preferencia sobre tantos adoradores... ¡me parece mentira!

Y despues de una pausa continuó cambiando de tono:

— Me han dicho que Vd. también ha hecho la corte á esa linda duquesa.

— ¡Yo, señora!

— ¡Oh! estoy segura de que no querrá Vd. convenir en ello.

— La juro á Vd. que es una calumnia ó un error.

— No le creo á Vd.; mis noticias son exactas, Vd. la ha hecho la corte sin sacar nada en limpio, y esto seguramente le mueve á Vd. á negarlo.

Alfredo se defendió lo mejor que pudo contra esta imputacion que hería en lo vivo su amor propio, pero madama de X... no quiso renunciar á su fingida conviccion, y continuando sobre ese tema le desarrollaba con insinuaciones delicadas que significaban claramente:

— Mi marido es mas amable de lo que yo creía, mas amable que Vd., puesto que él triunfa donde Vd. ha fracasado, de modo que no tendría razon para preferir á Vd. y dejar á un marido tan lleno de seducciones.

En los discursos de la joven no había la menor apariencia de celos, y lo que únicamente se descubría en ellos era la admiracion y la sorpresa. Alfredo impaciente con lo que oía respondió picado:

— Pues no se figure Vd. que es menester un mérito muy grande para agrandar á esa señora, y si yo quisiera...

El desafío llegaba aquí naturalmente.

— Enhorabuena, repuso madama de X..., pruébeme Vd. su superioridad.

— ¡Cómo! ¿de veras desea Vd.?

— ¡Ah! Vd. retrocede.

— Las mujeres tienen caprichos endiablados, pensó Alfredo, y herido en lo mas vivo de su vanidad, repuso con un tono de vencedor resignado:

— Lo haré por dar á Vd. gusto, y ya que lo exige Vd. imperiosamente, va Vd. á verlo.

Y hé aquí que nuestro campeón vuelve sus baterías contra la duquesa.

No había tiempo que perder. M. X... hablaba ya de un viaje motivado en circunstancias imaginarias, y la duquesa había anunciado su próxima salida para Nápoles. Su formidable Fierabras se atusaba los bigotes y tenía el aire amostazado.

Alfredo suspendió de repente el desenlace de aquel drama. Era mas joven que M. de X... y mas brillante; tenía un título aristocrático, muy buenas rentas, y por último, era libre y podía casarse. La duquesa no debió vacilar en la eleccion, sobre todo cuando pensó haber conocido que madama de X... se había resignado sin mucha pena á sufrir la futura traicion de su esposo, y que seguramente debía desesperarla mucho mas la pérdida de Alfredo.

Su vanidad y su ambicion se hallaban pues de acuerdo, y á la primera ojeada la pérdida duquesa conoció lo fácil de dominar que seria su nuevo pretendiente. El marido fué sacrificado por el joven soltero, á quien la duquesa solicitó de acompañante para su viaje á Italia.

— Está bien, pensó Alfredo, iré con ella hasta pocas leguas de Paris, y luego volveré á madama de X...

Pero se hallaba mas comprometido de lo que creía, y como lo había presumido madama de X..., la duquesa debía hacerle andar mucho mas camino. El feroz italiano se presentó al cabo de algunas horas de viaje, pero Alfredo se libertó de él mediante una estocada, y continuó su viaje con la dama.

Madama de X... volvió á entrar en posesion de su marido, que humillado y confuso juró que no caería otra vez en tales lazos.

Esta es la historia del primer viaje á Italia de que se ha hablado en Paris esta primavera.

MARIANO URRABIETA.

ERRATA.

En el artículo sobre el teatro de Plauto y de Terencio del CORREO DE ULTRAMAR n.º 118 al final dice:

«..... en gracia de la originalidad y del gusto del autor de las Heroidas, de los Triestes y de las Metamorfosis; » dotes ambas, etc. »

Debe decir:

..... en gracia de la originalidad y del gusto del autor de las odas, de las sátiras y de las epístolas, gusto y originalidad que se revelan despues en el autor de las Heroidas, de los Triestes y de las Metamorfosis, y dotes ambas, etc.

Delicias del siglo de Oro.

ROMANCE.

Dichosos tiempos aquellos
De las edades doradas,
Siglos sin tuyo y sin mio,
Siglos sin toma y sin daca.

En vez de calzon los hombres,
Las hembras en vez de enaguas,
Plantábanse una corona
Y unas hojillas de parra.

No conocían caseros,
Medicina ni farmacia,
Ni sastrés, ni prestamistas,
Ni escribanos ni otras gangas.

Llevaban, y sin bozales,
Por falderillos las damas
Osos, leones y tigres;
Y estrigina no se usaba.

Quería un chico á una chica
Y, sin suspiros ni cartas,
La plantaba un yo te adoro
Ante el lucero del alba.

Y publicaba sus bodas
Al dulce son de la flauta;
Que por faltar gacetillas
Era la forma ordinaria.

Eran los duelos de entónces
En los bosques de esmeralda;
Todo el pueblo por padrino
Y dos zampoñas por armas.

Llenos de filantropía
Los árboles y las plantas,
Dar de comer al hambriento
Siempre tuvieron por máxima.

Y, haciendo una reverencia
A los hombres, se inclinaban
Para que del dulce fruto
Les espulgasen las ramas.

Y luego, en vez de sorbetes,
De ponches y de champaña,
Ofrecía el arroyuelo
Sus limpias ó turbias aguas.

Grutas oscuras y frescas
Eran entónces las casas,
Y así nadie en aquel tiempo
Se tiró por la ventana.

No habiendo ferro-carriles,
Ni postas, ni aceleradas,
Nadie pensó en ver mas bosques,
Ni otro cielo, ni otras caras.

Ni se halló quien por azumbres
Linfas de azufre tragara;
Ni hubo hermosa que sus nervios
Bañase en remotas playas.

La verdad dicen que entónces
En los labios alojaba:
¡Buenas cosas oirían
Las inocentes zagalas!

Tal era el siglo de oro,
De paz y de inocentadas,
Acerca de cuya dicha
Solo una duda me asalta:

¿Se conocieron las lluvias,
El viento, la nieve cándida,
Las pulmonías, el tifus
Y las calenturas gástricas?

Que si todo esto sufrían
Aquellas rocas humanas
Y bajo el oro del siglo
Se escondían tales plagas,

Y si andaban, como dicen,
Con la propia piel por capa,
Tomando el sol sin sombrilla
Y la lluvia sin paraguas,

Buen provecho el verde campo
Y el arroyuelo y las auras;
No trueco yo tantas dichas
Por las presentes desgracias.

José GONZALEZ DE TEJADA.

Rusia.

SO GEOGRAFIA POLITICA.

Son sumamente curiosos en las circunstancias actuales los siguientes datos acerca de la extension, poblacion, movimiento mercantil y rentas del imperio ruso.

Para que el lector pueda apreciar debidamente, con copia de datos, la relacion que guarda la extension de dominio de los Czares con la poblacion que subyugan, y la que se observa en otros estados de primero, segundo y tercer orden, vamos á presentarles algunos datos geográficos y estadísticos, sacados los mas del Diccionario muy reputado de MacCarthy: despues apuntaremos su movimiento mercantil y recursos pecuniarios, concluyendo por bosquejar un cuadro comparativo y demostrativo del valor del cambio que hace de sus productos con el de otras naciones, y la proporcion que con las poblaciones respectivas representan.

Es la Rusia, comprendidos todos sus reinos y colonias, el mas extenso imperio del orbe, un gigante desproporcionado, pues tiene 3.055 leguas de á cuatro kilómetros de largo, 600 de ancho, 1.247,320 cuadradas de superficie, y 60.000,000 de habitantes. Coge en toda su extension la Europa desde el mar Blanco hasta el mar Negro, interpuesta entre ella y el Asia, posicion admirable de la que saca su principal importancia y la influencia funesta que en los destinos de la politica europea ejerce.

La Rusia europea, la meridional, el gran ducado de Finlandia y el reino de Polonia ocupa una superficie de 397,980 leguas cuadradas de Siberia, y la Rusia americana es de 448,240, y una poblacion de poco mas de dos millones de habitantes. La del Reino Unido de la Gran Bretaña es de 19,465 leguas, tiene una poblacion de 28 millones de habitantes; corresponden á 438 individuos por legua; la superficie de Francia es de 34,312, habitada por 34 000,000 cerca de 1,000 por legua; la del reino de Bélgica es de 2,298; viven en ella 4.200,000, mas de 1,827 por legua; la del reino de Dinamarca de 4,681 y 2.100,000 de poblacion, mas de 570 por legua; el Egipto, aunque su total de extension sea de 24,000 leguas cuadradas, solo 5,880 son las cultivadas y pobladas, las recorre el Nilo, y poblado por 3.000,000, cuenta mas de 510 personas por legua; nuestra España con 27,360 mantiene 15.000,000, mas de 586 por legua.

No concluiríamos si prosiguiésemos haciendo comparaciones, todas ellas en notable desventaja de la Rusia, que es el estado menos poblado del mundo, mitad africana por su barbarie. La misma Turquía le saca en esto notable ventaja; en su extension total está la poblacion en razon de mas de 284 habitantes por legua cuadrada, siendo así que la totalidad está en Rusia en muy poco mas de cuarenta por legua. La Rusia europea, la meridional, gran ducado de Finlandia y reino de Polonia, estados que componen el nervio de su fuerza cuentan poco mas de 150 individuos por legua cuadrada.

Conocida la sorprendente desproporcion del imperio del autócrata con el número de sus habitantes, mas admirará todavía su escaso comercio. Todo el movimiento de importacion llegó en el año de 1851 á 103.757,612 rublos de plata, 2.556.364,180 reales; el de exportacion fué de 97.394,457, á los que si agregamos el numerario, que subió á 16.403.196, tendremos un total de 112.796.535 rublos, 1,706.949,796 reales. Las principales mercancías extraídas ha sido cereales, pieles, cueros de Rusia, lino, cáñamo, maderas, cobre, hierro, po-

tasa, lana, etc. El valor de los cereales exportados de Rusia y Polonia juntamente, ha sido en dicho año 51 de 20.962.954 rublos, que son 314.344,310 reales, y es, téngase esto bien en cuenta, su principal artículo de cambio y la base de las rentas de la nobleza de la riqueza general del imperio. El término medio de las exportaciones en los años desde 1831 hasta 1850, ha sido de 1,140 000,000 de reales, y casi la mitad se ha extraído para Inglaterra. El movimiento general de la navegacion en todos los puertos de la Rusia en 51, merece fijar seriamente la atencion: en los del Báltico han entrado 3,790 buques y salido 3,781; en el mar Blanco 721 y 638; en los del Mediodía 2,480 y 2,598; en el mar Caspio 228 y 305. Corresponden de estos buques á los ingleses 1,875, y solo 1,019 á los rusos; los restantes se reparten entre turcos, holandeses, griegos, suecos, meklemburgueses, prusianos, daneses, sardos, austriacos y otras naciones, ocupando entre las que hemos apuntado por su orden de importancia el primer lugar la Turquía con 948 buques, 71 naves menos que el mismo colosal imperio de todas las Rusias. Los derechos de entrada y de exportacion cobrados por las aduanas imperiales ascendieron á 29.153,209 rublos, y la total de estas rentas á 30.529,927, igual á 457.948,905 reales.

Estos datos, así como los anteriores, son oficiales; están sacados de las mejores fuentes; y casi estuvimos dudando de su exactitud, admirados de los pobres recursos del exagerado imperio moscovita.

De un artículo notable de la *Presse* que firma M. L. Leonzon Leduc, y que se titula *Bloqueo comercial de la Rusia*, hemos apuntado los siguientes datos comparativos del valor de las exportaciones que hacen diversos estados, y entre los que ocupa la nacion que es objeto de estas líneas el último puesto.

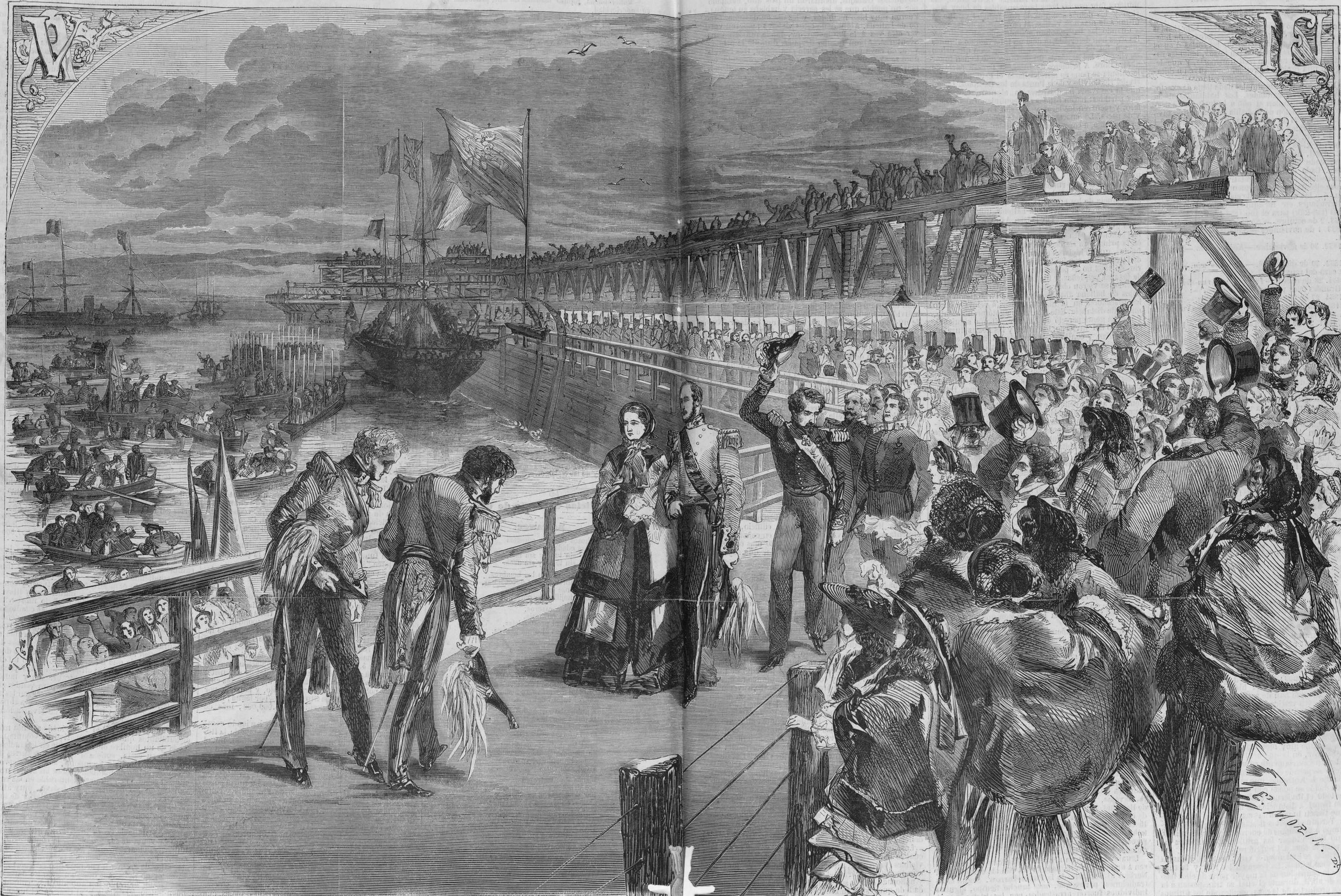
La Inglaterra ocupa el primer lugar, y ha cambiado (efectos declarados) por valor de 4,625.000.000 francos; tiene 27.000,000 habitantes; corresponde á 171 por cabeza. La Bélgica el segundo; poblacion, 4.260,000 almas; valores cambiados 494.500,000 francos á 120. Los Estados Unidos de América el tercero; 20.000,000 de almas; géneros cambiados 2,209.000,000 francos, á 110 por alma. La Francia el cuarto; poblacion 34.000,000; cambió por 2,346.000,000 francos, 66 por individuo. La Dinamarca el quinto; 2.100,000 almas; valores 127.170,000 francos, 66 50 c. La Union aduanera alemana el sexto; poblacion 23 000,000 efectos cambiados, 1.330.000,000 de francos, tocan á 54. El Egipto el sétimo; habitantes 3.000,000; valores cambiados, 144.500,000 francos, á 48 por cabeza. La monarquía de Suecia y Noruega el octavo puesto; tiene 3.252,000 habitantes; cambió por valor de 188.370,000 de francos, tocan á 44, 30 c. por cabeza. La España ocupa el noveno lugar; su poblacion es de 15 000,000; los valores que cambió ascendieron á 319.992.000 francos, á 21 por persona.

El décimo lugar lo ocupa el imperio austriaco; su poblacion es de 35.000,000; cambió por valor de 645.000,000 de francos, á 18, 50 c. por individuo. El undécimo corresponde á la Turquía, que con una poblacion de 26.000,000 de almas, sin las provincias tributarias del Danubio, cambió por valor de 353.000,000 de francos, á razon de 17, 50 c. por cabeza. El duodécimo le ocupan los Principados del Danubio, con 5.000,000 de habitantes; cambiaron por valor de 80.807,000 francos, á razon de 16 por cabeza.

Por fin, ocupa el último y realmente triste lugar la Rusia. El imperio de sesenta millones de habitantes cambió solo por un valor de 769 000,000 de francos; correspondiendo á cada ruso 12, 80 c., casi una tercera parte menos que el misero y decaído turco, y como casi 35 veces menos que el inglés industrioso y libre.

Tal es ese colosal é informe imperio moscovita que ocupa una superficie de 1 247,320 leguas cuadradas, que pretende dictar la ley al mundo y desafiar á las dos mas robustas naciones de la tierra. Poderoso é invulnerable en las espesuras de sus bosques, en el corazon de sus desiertos, hace cien años no mas que influye en los destinos de Europa, desde que ha hecho partícipe de un crimen al Austria y á la Prusia; atrae de todos los países con ricos donativos y dando naturalizacion y honores á hombres de suficiente flexibilidad para vender sus conocimientos y experiencia en las ciencias, en las armas y las letras, presentando á las observaciones superficiales una grandeza algo pomposa de civilizacion artificial.

Sin duda es potente el imperio de setenta millones de habitantes que obedecen pasivos la voluntad omnimoda de un hombre obstinado, que en la tradicion política de su casta, consagra todos los recursos de que dispone, subyugando y empobreciendo al siervo en el exclusivo objeto de mantener sobre las armas un ejército sin segundo en número, admirable en las revistas, valiente en las batallas, pero todavía muy atrás por defectos de su viciosa organizacion interior de los buenos ejércitos europeos. Fuera de la esfera de su accion nunca ha podido mantener masas en proporcion con su nombradía, ni con recursos cuenta para duraderas empresas. Tributaria de la Inglaterra, que hoy desafía, para la venta de sus productos, la conduccion, la maquinaria, el armamento, ¿con qué elementos propios cuenta ese coloso, condenado á encerrarse en su guarida, falto de recursos, por poco que la guerra durase? El lector no tiene mas que fijarse en los datos que hemos estampado, que son auténticos, y colocar con su buen juicio á la Rusia y al Czar en el lugar y rango que les corresponde.



LLEGADA DE SS. MM. EL EMPERADOR Y LA EMPERATRIZ, A DOUVRES. (Véase la página 307).

Los esquimales del Oeste.

(Conclusion.—Véanse los números 122 y 123.)

Durante el verano los esquimales viven bajo tiendas cónicas construidas con pieles de reníferos ó de bueyes marinos, según su situación en las costas ó en el interior. Estas tiendas, que llaman *tu-pak*, tendidas sobre estacas de madera y de fácil transporte, y que levantan con una rapidez increíble, constituyen habitaciones muy cómodas para la estación calorosa.

El calendario de los esquimales nada tiene de exacto, y varia según las localidades. Los habitantes de la Punta-Barrow principian el año á la luna nueva después de la congelación de la bahía de Elson, que tuvo lugar en 1852 el 24 de setiembre, y en 1853 el 16 del mismo mes. Dividen el año en cuatro estaciones, que llaman O-ki-ak, comprendiendo octubre, noviembre y diciembre; O-ki-ok, enero, febrero y marzo; O-pen-rak-sak, abril, mayo y parte de junio; y O-pen-rak, que comprende lo restante de junio, y julio, agosto y setiembre. Cada una de las lunaciones, en número de doce, ha recibido un nombre relativo á los trabajos que en ellas se ejecutan, á los fenómenos naturales de cada estación, ó á las costumbres de ciertos animales, como sus emigraciones, etc. Hé aquí el orden y sucesión de las lunas (*tad-kak*) para el año 1853-1854:

- I. 1853. 2 de octubre. — *Shud-le-wing*. — La costura.
- II. 1853. 1 de noviembre. — *Shud-le-wing ai-pa*. — La costura.
- III. 1853. 30 de noviembre. — *Kai wig-win*. — Los placeres.
- IV. 1853. 30 de diciembre. — *Au-lak-to-win*. — Salida para la caza del renífero.
- V. 1854. 28 de enero. — *Ir-ra-shu-ga-run-sha-ke-nat si-a*. — Grandes frios y nuevo sol.
- VI. 1854. 27 de febrero. — *E-sch-si-la-wing*. —
- VII. 1854. 28 de marzo. — *Ka-tet-a-wak*. — Vuelta de la caza para la pesca de la ballena.
- VIII. 1854. 27 de abril. — *Ka-wait-piv-i-en*. — Retorno de las aves.
- IX. 1854. 26 de mayo. — *Ka-wai-a-niv-i-en*. — Incubación de las aves.
- X. 1854. 25 de junio. — *Ka-wai-lan-pa-yan-ra-wi-en*. — Primer vuelo de sus polluelos.
- XI. 1854. 25 de julio. — *A-mi-rak si-win*. —
- XII. 1854. 23 de agosto. — *U-ko-wak-to-win*. —

Como la nueva luna de setiembre entra el 21 del mismo, es necesario que el invierno se anuncie con anticipación para que esta luna nueva sea la primera del año siguiente.

Los esquimales tienen también palabras para designar la división de los días, que corresponden á ayer, hoy, mañana, esta mañana, la tarde, la noche; pero estos términos carecen de exactitud. Por ejemplo, al hablar de los acontecimientos del año, ó mas antiguos, emplean las dos locuciones: *ai-pa-ne*, que significa propiamente: «hace dos años» (al *pa-dos*), y se aplica también al número veinte, y *al-ra-ne*, «antiguamente», cuyo sentido es indefinido. Los términos para indicar una dirección no son menos vagos. Así, *a-wa-ne* significa indistintamente el Oeste ó el litoral hacia el cabo de los Hielos y la Punta-Hope; *ka-wa-ne*, el Este, ó el país situado hacia el Colville y el Mackenzia; *pa-ne*, el Sur ó la región interior; y *u-na-ne*, el Norte ó la costa del mar.

Sus ocupaciones están reguladas por el orden de las estaciones.

Hé aquí los principales trabajos del año: en setiembre, reunión en las chozas de invierno: se espera la llegada de la ballena, se cogen algunos *walrus*, osos y bueyes marinos hasta la entrada del invierno y la formación de los hielos, que tiene lugar generalmente hacia mediados de octubre. Durante este tiempo, las mujeres se ven confinadas en el interior en una ociosidad relativa, pues desdennan la costura, mientras que los hombres arrostran los peligros del mar. Cuando vuelven estos, las mujeres se dedican de nuevo á la costura como también al trabajo de adobar las pieles, que se continúa durante los dos meses siguientes. Por esta época, los hombres echan sus redes bajo el hielo para coger bueyes marinos; pescan con caña peces pequeños en agujeros abiertos en el hielo, ó preparan los instrumentos de que han de servir en las otras estaciones. Los nuevos vestidos están hechos ya hacia la mitad del invierno: diez días de fiesta, empleados principalmente en bailar en los *kar-ri-gi* ó sitios públicos, señalan este período del año, y con este motivo cada uno trata de lucir sus mejores atavíos. Semejante costumbre se concibe muy bien bajo la elevada latitud de la Punta-Barrow, en la que ocultándose el sol durante setenta días, necesariamente se suspende la caza y la pesca; pero sorprende el encontrarla simultáneamente en el estrecho de Kotzebue, que está á 66 grados de latitud, y en donde se puede con mucha ventaja cazar el renífero todo el invierno. Los habitantes del estrecho acuden en tropel á distancias de muchas millas, á las fiestas que tienen lugar en las cercanías del cabo Krusenstern. Terminadas estas fiestas, algunos de ellos salen al campo á principios de enero; pero hasta mucho después no tienen lugar las grandes expediciones del interior para la caza del renífero.

Estas batidas se extienden á veces hasta la distancia de ocho y diez leguas. La pesca en los ríos y la caza constituye la ocupación de la mayor parte de ellos hasta el mes de abril, durante el cual se transportan á la colonia los productos de la caza, empleando los últimos días en preparar las embarcaciones y demás útiles ne-

cesarios para la pesca de la ballena. Entre tanto, las mujeres fabrican las botas impermeables de buey marino y los demás artículos de ropa para el verano. A últimos de mayo se verifica la emigración de las aves.

Cuando las ballenas han abandonado estos sitios, y las aves han desertado, se deja un intervalo de algunos días á fin de arreglar los vestidos de gala que deben servir para las fiestas de fin de junio que tienen lugar al aire libre. A primeros de julio, la tercera parte de la colonia se pone en marcha hacia el Este, para la feria del río Colville y de la Punta de los Cambios. Luego que la caravana ha desaparecido, algunos, en pequeñas partidas, hacen batidas en seguimiento del renífero, y recorren los lagos y los ríos en busca de aves y de peces. La cuarta parte de la población se queda en el pueblo, á coger una gran cantidad de bueyes marinos jóvenes; pero los pescadores acechan con preferencia los grandes mamíferos de esta familia y los *walrus* hasta la nueva aparición de la ballena que coincide con el fin de agosto. Poco después de esta época, la caravana vuelve de su expedición, y pronto principia el nuevo año.

Tal es el círculo rutinario de las ocupaciones de los esquimales de la Punta-Barrow. Es indudable que la abundancia de los productos de la caza y de la pesca, y sobre todo de la pesca de la ballena, influye en alto grado en la prosperidad de la isla. Así, en 1852, se asegura que solo cogieron setenta ballenas, número apénas suficiente para el abasto del invierno; al paso que en la primavera siguiente la abundancia de reníferos fué tal, que se hicieron grandes cambios con la cantidad excedente, con los buques europeos. Por el contrario, en 1853 no se pescaron mas que siete ballenas, y de las mas pequeñas, y fué tal la carestía, que muchas familias se vieron obligadas á alimentarse con los despojos de ballena abandonados desde largo tiempo por los pescadores en la isla de Cooper, á veinte y cinco millas de distancia. Este recurso se agotó prontamente, y mucha gente pereció de hambre. El año siguiente, en medio del invierno, los bailes y las fiestas duraron quince días, y continuaron durante los meses de octubre, noviembre y diciembre: tan lucrativa habia sido la venta de bueyes marinos hecha á la tripulación inglesa del *Plover*. Al contrario, el año pasado se suspendieron los regocijos, á lo ménos públicamente, porque la escasez de aceite no permitía alumbrar ni calentar los salones de baile. Según dicen las personas inteligentes, parece que este último año debe considerarse como un año de penuria extraordinaria, y el siguiente como un año de abundancia poco común.

En invierno, la Punta-Barrow es visitada generalmente por las caravanas de Nu-wuk, en cuyo viaje tardan de quince á veinte días; su permanencia dura dos meses. Los habitantes de la Punta-Barrow no conocen mas que la costa que se extiende desde el Cabo hasta un poco mas adelante de la Punta de los Cambios, es decir, como unas seiscientas millas, y el interior como á unas cincuenta. No obstante, las comunicaciones les han enseñado el nombre de algunos países mas distantes, y algunas particularidades sobre los pueblos que los habitan. En la Punta de los Cambios comercian con una nación que llaman *Kang-ma-li-en-yu-in*, cuyas chozas de invierno se hallan establecidas probablemente en la Punta de Demarcación. Alguna vez se encuentran entre ellos algunos *Ko-pang-meun* ó habitantes del Río Grande (el Mackenzie) que se distinguen por la línea pintada que divide su rostro. Al otro lado del Mackenzie hay una comarca llamada *Kite-ga-ru*, y á mucha distancia de esta, hay otra cuyos habitantes fabrican las lámparas de que ya hemos hablado. Cuentan que en la misma dirección habita una raza de hombres con dos caras, una delante y otra detrás, y que cada una de ellas tiene un solo ojo en medio de la frente y una boca descomunal armada de dientes formidables.

Los perros, compañeros inseparables de estos hombres singulares, no tienen tampoco mas que un ojo. Parece que esta fábula se refiere á una tribu de indios de quienes dicen sus vecinos que ven venir por detrás las flechas de sus adversarios. Los esquimales apénas conocen á los indios, que han visto muy raras veces; pero los *Kang-ma-li-meun* y los *Nu-na-tang-meun* (habitantes de Nu-na tak) los han dado muchos detalles sobre esta nación. Bajo la denominación general de *It-ka-lyi*, pintanlos como un pueblo terrible, armado de fusiles, que habitan las regiones montañosas muy lejanas al Sur y al Este del Colville. Los esquimales del interior los llaman *Ko-yu-kan* y los dividen en tres grupos ó tribus, de los cuales conocen solo dos, que dicen tener diversos modos de bailar. La primera de estas tribus se llama *It-ka-lyi*, y vive á orillas del río *It-ka-luig*, al Este del Colville; la segunda *It-ka-lyi-ru-in*, cuyo territorio está mas al Sur; en cuanto á la tercera jamás la han visto; pero han oído hablar de ella como un pueblo que hace el comercio de pieles de martha, navajas, armas de fuego y municiones en la isla de Herschel, con los esquimales que los llevan artículos de calderería y bujerías de vidrio rusas, costillas de ballena y otros productos marítimos. Dicen que estas tres tribus visten del mismo modo, que son salvajes, guerreros, pero no antropófagos, como los otros indios de quienes han oído hablar.

Igualmente poseen algunas tradiciones que se refieren á una comarca llamada *Ig-lu*, situada muy lejos al Norte ó al Nordeste de la Punta-Barrow. Según estas tradiciones, parece que, hace mucho tiempo, algunos individuos fueron arrastrados por los hielos que se rompieron bajo la influencia del viento Sur, y al cabo

de muchos trabajos, abordaron un país alto, habitado por un pueblo que se les parecia y hablaba su lengua. Fueron muy bien recibidos, y los dieron de comer carne de ballena. Algunos de estos viajeros pudieron volver otra vez á la Punta-Barrow, donde refirieron sus aventuras. Algun tiempo después, durante la primavera, en cuya estación el hielo está sólido, tres individuos se aventuraron á visitar este país desconocido, tomaron provisiones, verificaron su excursión, confirmaron la relación de sus predecesores. Lo único que se sabe en el Norte de esta expedición, es que cada uno de estos aventureros gastó tres pares de suelas de mocasin en el viaje. Desde esta época no han vuelto á tener comunicación con este país que ellos llaman *Ig-lun-nu-no*; pero creen que otros varios individuos llevados por los hielos han debido abordar allí sanos y salvos.

Los esquimales de la Punta-Barrow no recuerdan haber visto á los europeos ántes del viaje de M. Simpson en 1837; pero habian oído hablar de ellos á sus amigos del Este bajo el nombre de *Ka-blun-nan*. Posteriormente han recogido sobre los europeos un sin número de detalles de las tribus del interior, y especialmente de los *tan-ning* ó *tan-gin*. Estos detalles se refieren probablemente á los rusos que van á bañarse casi siempre á las cercanías de su territorio en la estación del calor; lo que se confirma por el nombre derivado de *tan-nikh-lu-go*, hacer abluciones. Dan á los europeos otra porción de denominaciones, seguramente de su invención, como la de *E-makh-lin*, hombres de mar (con este nombre es conocida la mayor de las islas Diomedes), y esta otra: *Sha-ke-na-ta-na-meun*; pueblo situado bajo el sol; pero el nombre mas usual es *Nel-lu-ang-meun*, pueblo desconocido (*nel-lu-a-ga*, no conozco).

Por lo que hace á los mismos esquimales, se nombran *en-yu-im* (la nación), plural del sustantivo *en-yuk*, individuo, añadiendo, cuando es necesario el nombre de *nu-ne* ó país, como *Nu-wung-meun*, es decir, *Nu-wuk-en-yu-in*, el pueblo de Nu-wuk ó Punta-Barrow; *Ing-ga-landa-meun*, inglés. Ultimamente los habitantes de Port Grantley y de Port-Clarence han adoptado la denominación de *Es-ki-mo*.

Además de conocer las diversas fases de la luna, los esquimales conocen las estrellas lo bastante para poderse orientar según las estaciones, y es probable que se aprovechen de estos conocimientos en sus viajes. Las consideran como cuerpos ígneos, á causa sin duda de las estrellas filantes que creen ser fragmentos desprendidos de alguna estrella. Las han reunido en grupos á los cuales asignan nombres explicados por ellos en gran parte. Aldebaran y el grupo de las Híadas, como también varias de sus vecinas, son llamadas *pa-chukh-lurin* (el reparto del alimento); la estrella principal representa á sus ojos un oso polar que acaba de ser muerto, y las otras los cazadores cercándole y preparándose á despedazar la presa y á dar á cada uno su parte. Las tres estrellas del círculo de Orion son tres individuos arrastrados por el hielo en un invierno sombrío. Por largo tiempo se vieron cubiertos por la nieve; pero al fin divisaron un agujero encima de sus cabezas, y fueron subiendo siempre hasta llegar á fijarse entre las estrellas. Hay otro grupo llamado el edificio, que representa varios individuos ocupados en construir un *ig-lu* ó choza de invierno. Pero su mito mas completo es el que se refiere al sol y á la luna, que suponen hermano y hermana.

Héle aquí tal como le cuentan:

Habia en otro tiempo, muy lejos, al Este, una tierra llamada *Ping-o*. Sus habitantes dieron una fiesta de invierno. Una de las bailarinas, cansada de la danza, se separó de la reunión y se retiró á su choza. Antes de que sus ojos se cerraran, vió como se introducía un desconocido que apagando la luz, se colocó cerca de ella; pero queriendo conocer quien era el misterioso que así la visitaba, la joven ennegreció su mano con el hollín de la lámpara que se hallaba á su alcance, y tiznó el rostro del extranjero, sin que éste se apercibiera, para poder reconocerle entre los que bailaban. Luego que este se retiró, la joven se presentó de nuevo en la sala de baile, y con horror profundo reconoció que el culpable era su propio hermano. Extraviada su razón por el dolor, salió; y volviendo otra vez en medio de los jóvenes de la fiesta, se cortó el pecho izquierdo con una navaja de mujer, (*o-lu*), y presentándosele á su hermano: «He aquí, le dijo, el único alimento de que eres digno.» A estas palabras ambos salieron de la sala, y juntos se elevaron hacia el cielo lentamente y en línea curva, él precedido de su perro, ella un poco detrás, y se separaron luego que estuvieron fuera del alcance de la vista. El hombre, que se llamaba *Nel-lu kat-si-a Tad kah*, se convirtió en luna, y su hermana, *Sigh-ra-a-na*, en sol, que aun en el día repugna con su color de sangre, como puede verse alguna vez cuando se aparece á los hombres encendido de cólera á través de la atmósfera brumosa. La luna es fría y se halla cubierta de nieve, y sobre su disco se dibujan los contornos de un viajero siempre en marcha con su perro, mientras que su hermana, la señora Sol disfruta las delicias de un eterno verano.

Los esquimales tienen una creencia popular, por la cual se halla establecida la existencia de espíritus invisibles (*turn-gak*, en singular, *turn-gain* en plural), que pueblan la tierra, el aire y lo profundo del mar; y aplicando á estos seres imaginarios las ideas de igualdad de que están imbuidos, ni atribuyen á ninguno de ellos en particular especie alguna de supremacía, ni los dan algun nombre especial que los distinga. Estos

turn-gain son infinitos: unos son buenos, otros malos. Las mas veces se aparecen, bajo la forma de un busto humano; pero toman indistintamente diversas formas desconocidas. Los esquimales tienen una fe viva en estas especies de visiones. Los espíritus desempeñan ciegamente un papel en todas las malas situaciones de la vida, atribuyendo á su influencia todo aquello que no se pueden explicar fácilmente. El uno envía sobre el hielo un aire maléfico, y le hace peligroso: otro acumula los hielos de tal modo que ahoga las ballenas; aquel hiere de muerte á un hombre, sin dejar la mas ligera señal de violencia sobre el cuerpo de la víctima; este le arrastra por los pies á las entrañas de la tierra; tales son los genios del mal, pero lo mas singular es que apenas son mejores los espíritus reputados como buenos; en efecto, se enojan con facilidad y vuelven la espalda á la humanidad doliente.

Los bailes y ceremonias de los esquimales tienen por objeto cautivar ó atemorizar á los turn-gain. La mas curiosa de estas solemnidades fué la celebrada el invierno último en la Punta Barrow con motivo de la penuria ocasionada por la persistencia de los hielos, bajo la influencia de un viento Nordoeste continuo. Sobre la costa é inmediato á una de las salas de baile se dispuso un espacio de tierra donde se encendió una hoguera á cuyo alrededor formaron círculo los hombres, hablando entre dientes largo tiempo sin bailar y hasta sin el ordinario acompañamiento de un tamboril. En seguida uno de los ancianos se adelantó hácia el fuego, y con tono lisonjero invitó al genio cuya funesta malicia era causa de la calamidad pública, á que se calentara. Cuando supuso que el espíritu se hallaba presente, el anciano derramó sobre la hoguera una vasija llena de agua suministrada por cada uno de los asistentes, é inmediatamente los otros dispararon un sin número de flechas contra el terreno donde habian encendido el fuego, seriamente convencidos de que el turn-gak se alejaría á otro lugar, de donde sería igualmente arrojado del mismo modo el día que fuera descubierto. Para dar mas efecto á la ceremonia, dispararon tres tiros de mosquete en diferentes direcciones con el fin de sembrar la alarma en medio de los espíritus, y obligarlos á mudar el viento.

A principios del invierno último, uno de los mas notables llamados O-mis-yu-a-a-run, mas conocido bajo el nombre de jefe de las aguas, porque habia acusado á los ingleses de que robaban el agua del pueblo, fué llevado por los hielos con dos ó tres individuos hasta las inmediaciones del cabo Lisburn. Su mujer extendió al rededor de la choza una fuerte correa de cuero de buey marino, que se plegaba cuatro ó cinco veces sobre sí misma, observándola noche y día con viva inquietud hasta que conoció el triste fin de su marido. Los esquimales creen tambien que mientras que el sugeto que padece está vivo y en buena salud, el turn-gak hace vibrar la correa, y que cuando cesa la vibración, es signo de muerte para el ausente. Como la pobre mujer hubiese oído hablar de las oscilaciones de una barra de hierro imantada suspendida de un hilo, despachó á toda prisa en direccion de Erk-sin-ra uno de los hombres mas instruidos del pueblo con objeto de averiguar si las variaciones de la aguja tenían alguna relacion con el accidente de su marido.

Los truenos son extremadamente raros en la Punta-Barrow; pero no son del todo desconocidos de sus moradores, los cuales opinan que este ruido es producido por un espíritu que habita con su familia bajo una tienda, muy lejos, allá en la region del Sur. Este esquimal, representante de Júpiter Tonante, es un bribon de siete suelas, que está durmiendo casi siempre, y cuando se despierta, llama á sus hijos, y los manda salir, encender los relámpagos y lanzar los rayos, lo que ejecutan alegremente comprimiendo las pieles de buey marino inflamadas, y agitando los hachones hasta que su padre se ha vuelto á dormir.

Los esquimales no tienen una idea bien seria de la vida futura, y sin embargo aparentan creer que la muerte no es un estado absolutamente inerte. Hay mucha diversidad de opiniones acerca de la naturaleza del alma; pero en cuanto á la muerte, todos convienen en considerarla como la mayor de todas las desgracias que pueden sobrevenir al hombre. Dicen que el alma es un genio que reside en el pecho ó mas bien en los pulmones, y parece tener una relacion íntima con la respiración. Todos los pensamientos emanan de este huésped, y la lengua los da cuerpo á medida que se van formando. Las creencias difieren no obstante acerca de la unidad de este ser caprichoso; afirman muchos que el hombre tiene nada ménos que cuatro espíritus en el pecho; otros piensan, por el contrario, que este genio familiar está siempre y por todas partes colocado bajo tierra, á los pies de la persona que acompaña, y no se separa de ella sino cuando esta cesa de existir. Como quiera que sea, el cuerpo reposa despues de muerto: pero el alma desciende al seno de la tierra y va á unirse con aquellos que sucumbieron ya; y en esta prolongacion de la vida, el alma solo se alimenta con alimentos groseros, como raíces, piedras y mosquitos. Con el fin de no irritar los espíritus de los muertos, amortajan los cadáveres con pieles y los depositan en la tierra al lado de aquellos que los precedieron, con la cabeza vuelta hácia el Este en direccion de la Punta-Barrow; pero no todos observan esta particularidad rigorosamente. Los vestidos y demas objetos pertenecientes al difunto, incluso el trineo de su uso, son rotos y enterrados con el cuerpo, para que no acarreen desgracias á quien pudiera servirse de ellos. La familia del muerto permanece encerrada en su choza

durante cinco dias, porque teme que el trabajo irrite sus espíritus, y citan ejemplos de personas que han muerto por haber infringido la observancia de este duelo. Por último, hasta las mismas enfermedades no son otra cosa que turn-gak, y consideran muy perjudicial tocar un cuerpo que no está sano, fumar en la pipa, beber en el vaso de la mujer, de la madre, ó de cualquier pariente del difunto, porque dicen que los parientes al cuidar el enfermo, se han contagiado con su aliento, y que cualquiera puede contraer la misma enfermedad si usa su pipa ó su vaso.

Tal es el estado moral y social de los esquimales del Oeste. Las diversas expediciones enviadas en busca de John Franklin, por sus numerosas relaciones con estas tribus, han preparado una revolucion cercana en las ideas y costumbres de estas poblaciones. El afán de los naturales para ponerse en comunicacion con las tripulaciones, es un buen agüero. Atraídos primeramente por una curiosidad instintiva hácia las practicas europeas, no les ha causado admiracion mas que lo extraño. Un examen mas minucioso los ha demostrado en breve la superioridad, y todo hace creer que seducidos por las ventajas útiles de nuestros procedimientos, el espíritu de imitacion de que están dotados les sugerirá muy luego el deseo de copiarlos. Si la cesion de las colonias rusas á los Estados-Unidos se consumase, los pueblos del Nordeste de la América hallarian infaliblemente en la actividad americana un poderoso estímulo hácia la civilizacion, y en la proximidad de estos intrépidos colonizadores una prenda segura de la futura prosperidad de estos países, cuyas riquezas y recursos no son todavia desconocidos. M.

El reino de Dahomey.

RELACION DEL VIAJE DEL OFICIAL DE MARINA M. AUGUSTO BOUET ENVIADO EN MISION CERCA DEL REY DE DAHOMEY EN MAYO DE 1851.

(Continuacion. — Véase el número 123.)

Un ruido espantoso de cañonazos, de esmeriles, carabinas, tan tanes, campanas, chinoscos, tambores y trompetas anunciaron la llegada del cortejo que salía á mi encuentro para llevarme á la plaza Mayor donde me esperaba el rey. Hé aqui la descripcion de los instrumentos de música del Dahomey: primeramente el *tantan*, que es un tronco de árbol muy grande y hueco, guarnecido de pieles; las tiene de dos metros de largo sobre uno de ancho. El del rey es mas enorme; está pintado con la sangre de sus prisioneros de guerra y se halla guarnecido con una horrible guirnalda de sus cráneos; las campanas son dos pedazos de hierro batido unidos juntos en forma de cilindro mas ó ménos grande, sobre el cual uno ó dos hombres dan golpes redoblados con una varilla de hierro; los *chinoscos* son unas grandes calabazas atadas á la punta de un palo, guarnecidas con una red de cuyas mallas cuelgan sartas de dientes que pertenecieron á enemigos muertos. Las bandas de música contienen un crecido número de estos *chinoscos* (en verdad, no hallo otro nombre que darles); por último las trompetas son de cobre ó de marfil, y á menudo figuran entre ellas flautas ó silbatos de caña que lanzan por intervalos los sonidos mas agudos. Imagínese el lector una banda de música semejante compuesta de un centenar de instrumentistas soplando ó pegando con todas sus fuerzas, al acaso, sin acordarse juntos, y podrá formarse una idea de la horrible encerrada que resulta cuando se toca en el Dahomey una marcha militar.

Con esta algazara delante envió el rey á mi encuentro su primer eunuco, portador de un gran baston de honor para advertirme que podia entrar en Abomé, y que el rey me esperaba en la plaza del palacio. Este eunuco tenia la cabeza medio afeitada y una verdadera figura de mujer; precedido siempre de su música infernal, de muchas banderas y estandartes y de guerreros que venían á disparar escopetas á mi oído, dió tres veces la vuelta al sitio en que yo me hallaba.

Por fin se detuvo, se prosternó, y me dió cuenta del mensaje de su amo. Yo me puse en camino inmediatamente, y para dar una idea á los habitantes del Dahomey de los ejercicios militares de la Europa, mandé hacer algunos disparos á mi pequeña guardia, bajo los órdenes del jefe de artilleros Tiémant, en el momento de entrar en la ciudad. Sus uniformes europeos y su buen tiro excitaron la admiracion de los guerreros del Dahomey.

En cuanto atravesé las puertas de Abomé por una especie de mal puente de troncos de árboles, volví á subir en mi hamaca, y me encaminé á la plaza Mayor en medio de una muchedumbre de pueblo y de guerreros. La plaza estaba lejos, y tuve que andar tres cuartos de hora para llegar á ella; la nueva capital me pareció que era inferior á *Cana*; sus habitaciones son unas chozas de barro, y sus callejuelas están muy sucias. Sin embargo, el aspecto cambió cuando me acerqué al palacio, circundado por una muchedumbre inmensa de guerreros; el rey estaba bajo el *apatang* ó escalera principal de su palacio, rodeado de tres ó cuatro mil de sus amazonas vestidas con trajes brillantes, y ricamente armadas; un ancho espacio separaba á los guerreros de distinto sexo; la plaza estaba adornada con mil banderas, y en lo alto del *apatang* se elevaba el pabellon real del Dahomey, de color encarnado con un león en medio.

Tres veces debí dar la vuelta á la plaza en mi hamaca seguido de mi guardia de honor del *Salam francés* de Whyda; á cada vuelta mandaba hacer una descarga y saludaba al rey cuando pasaba por delante de él. Me dijeron que cada vez se levantaba para devolverme mi saludo; yo no lo sé, pues en razon de la oscuridad que reinaba bajo la bóveda de aquella galería, me era imposible distinguir el negro rostro del monarca africano. Al dar la última vuelta vi que se acercaba á mi un hombrecillo delgado que tendria de 75 á 80 años, apoyado en un gran baston con puño de plata, vestido de negro, y que era la imagen viva de Voltaire. (Véase su retrato).

Era *Mehu*, gran ministro del Interior, del Comercio y de la Marina, hombre de una actividad extraordinaria para su edad, de una finura y de una inteligencia diabólicas, y que llena las susodichas funciones desde hace treinta y cinco años. Cuando se quiere obtener algo del rey es preciso acudir á él antes.

Mehu se prosternó delante del rey á unos cien pasos, cubriéndose de polvo la cabeza y haciéndome señal de que me descubriera para acercarme á S. M. Yo le respondí por medio de mi intérprete, un negrito de Whyda, educado en Francia por la proteccion de M. Regis, que me enviaran un quitasol, y entonces me descubriera, pero no antes; y en efecto un momento despues acudieron dos esclavos con un quitasol inmenso muy recargado de adornos, y entonces me acerqué al rey con la cabeza al aire. Fácil es comprender que mi atencion no solo se dirigia á él, sino que tambien consideraba con la mayor curiosidad á los guerreros de traje lujoso y pintoresco que le rodeaban. Excepto algunas de las amazonas que llevaban el mando, y que sin duda habian conservado por su habilidad ó su destreza en la guerra, la mayor parte de ellas eran jóvenes y aun bonitas.

El rey Guezo es un hombre de cincuenta á sesenta años, de una fisonomía inteligente y graciosa; se hallaba envuelto en un rico paño de seda y tendido sobre unos almohadones de terciopelo y de brocado; en cuanto me acerqué se levantó, me tendió la mano, mandó que me pidieran noticias de su amigo *el rey de Francia*, y se mostró muy satisfecho al ver que llegaba al fin bajo su reinado uno de sus *embajadores* como se acostumbra en tiempo de sus abuelos... por fin estuvo amable y complaciente cuanto pudo. Mientras me hablaba una de sus mujeres *reca arias* (las que llevan recados) tenia cerca de él una hermosa escupidera de oro, y otra se hallaba ocupada en una operacion como de *amasar* sus pies, para lo cual se habia dejado quitar sus ricas babuchas.

Yo le respondí lo mejor que pude y le entregué con mucha ceremonia la bolsita de raso donde estaba encerrada la carta que el gobierno me encargó le llevara, bolsita que contenia estas palabras bordadas de perlas por su parte exterior: *A S. M. Guezo, rey del Dahomey*. Recibió la bolsita con mucho júbilo, y me suplicó que le leyera la carta. Despues mandó sacar magníficas bandejas de plata maciza, cargadas de botellas de licores y de vinos de Europa, y me propuso brindar á la salud del rey de Francia. Yo acepté, pero en cuanto se llevo la copa á los labios se notó un gran tumulto en la plaza y entre las amazonas; las mujeres se precipitaron hácia él rodeándole con un gran velo de seda, y todos, guerreros guerreras y pueblo se prosternaron volviendo la cabeza y exclamando en la lengua del país: *¡Es de noche!* mientras que las piezas de artillería hacian descargas repetidas. Concluidos los brindis, el pueblo se levantó gritando: *Es de día*. Lo mas notable que hubo en los brindis respectivos, fué que hubo que beber dos copas cada vez, pues S. M. pretendia que no se podia marchar sobre un pie.

Guezo me presentó despues uno tras de otro sus principales *cabeceros* ó jefes de guerra, tanto del cuerpo de las amazonas como del cuerpo del ejército de hombres. En verdad confieso que no podia ménos de mirar con tristeza aquel ejército de jóvenes robadas para siempre á su existencia de mujeres, á las dulzuras y alegrías de la familia, para abrazar de grado ó por fuerza la profesion de las armas (1).

Cuando se concluyeron las presentaciones, el rey me dijo que yo debía estar cansado de mi viaje, que iba á mandar que me llevaran á la casa que me habian dispuesto, y que él mismo me acompañaria hasta la extremidad de la plaza. Despues supe que este favor era muy grande, y que solo se concedia á los blancos de alta distincion.

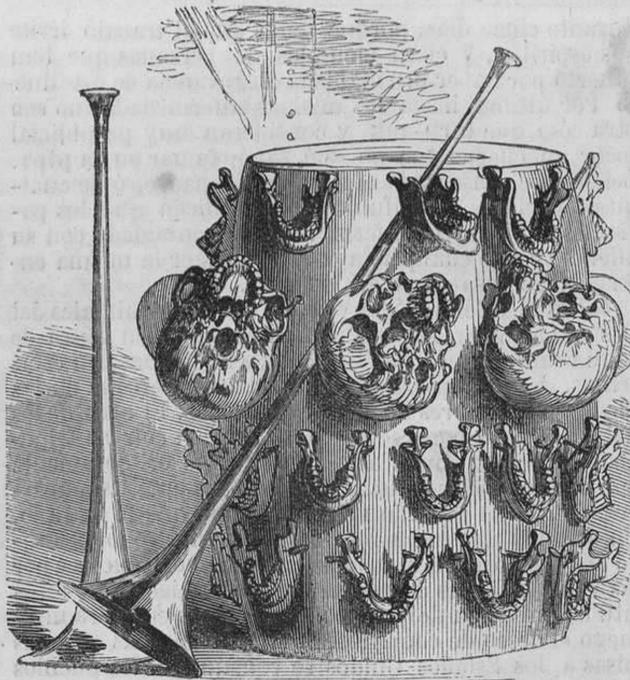
En cuanto se levantó tomó su gorro ricamente bordado de oro; las que mandaban entre las amazonas lanzaron un grito agudo, y á este grito se notó un gran tumulto en la plaza; la muchedumbre se abrió dejan-

(1) Casi todas las amazonas son hijas de jefes que estos entregan al rey á la edad de 8 á 9 años, pues Guezo es dueño absoluto de los bienes y de la vida de sus súbditos. En cuanto son aceptadas por el rey, ya no salen de sus palacios sino para ir con él á la guerra, y á pesar del espíritu belicoso de los habitantes del Dahomey y de sus guerras continuas, hasta aquí las amazonas se han llevado la palma en las peleas. Guezo mantiene por política esta rivalidad que constituye su fuerza. Si una amazona sale del palacio, va acompañada por un eunuco, y al oír la campana que advierte su paso, todos los transeúntes huyen, atendido á que la menor convivencia con una mujer perteneciente al rey, se castiga de muerte; solo el rey elige á veces entre ellas, pero en este caso quedan excluidas del ejército y pasan á aumentar el número inmenso de sus concubinas ó mujeres de servicio. Una amazona no sabe lo que es un hombre sino cuando mata á un enemigo; pero si queda prisionera, antes se deja matar que consentir en ser su mujer.

do una ancha calle por donde el rey se adelantó majestuosamente llevándome de la mano. Entonces conocí la idolatría de aquel pueblo por su soberano; los unos se precipitaban delante para quitar del camino las piedrecillas que podían lastimarle los pies, otros se prosternaban y se arrastraban de rodillas para besar la orla de su paño de seda, otros recogían el polvo sobre el cual había marchado, y se cubrían con él el rostro y la cabeza con una especie de furia, etc., etc.

El rey me condujo á una especie de pabellon muy grande tendido de encarnado, sobre el cual flotaban las banderas de la Francia y del Dahomey; bajo este pabellon se veían doce pobres diablos de prisioneros de guerra, vestidos con tunicas azules y blancas, y la cabeza adornada con gorros blancos de borlas encarnadas que estaban atados á unos palos que les pasaban entre las piernas y los brazos. (Véase el dibujo).

Guezo me dijo que iban á degollar aquellos doce prisioneros aquel mismo día en honor de mi llegada; esta honra no me lisonjeó demasiado, y sin duda el gesto



Instrumentos de música guerrera.

A mí me habían dado habitación en una casa de Guezo ó mas bien de su gran ministro Mehu, quien venía á visitarme á menudo; era un hombre astuto como una faina y desconfiado como un zorro; yo no podía dar un paso fuera de casa sin que hubiera que prevenirle antes, y mis intérpretes se asustaban cuando yo quería salir de repente y los enviaba á pasear, porque pr temían que no podía hacerlo sin que lo supiera el ministro; aun mis hamaqueros apenas se atrevían á obedecer mis órdenes en esas circunstancias. Tuve sobre este punto un altercado muy serio con Mehu, donde le amenacé con instruir al rey de lo que pasaba; el ministro me pidió mil perdones, y me dijo que el rey había declarado que si en mis correrías me sucedía el menor accidente, lo pagaría él con su cabeza, y que como no quería exponerse, había dado la orden de advertirle cuando fuera yo á alguna parte, para que me siguiera á distancia respetuosa una escolta de cincuenta hombres armados.

La casa que me habían dado estaba bien, en el primer corral había dos grandes naranjos, y á su lado estaban las habitaciones de nuestra comitiva. Pocos días despues de mi llegada obtuve una primera audiencia del rey en la cual le presenté los regalos del rey de Francia, y en la que establecí las primeras bases de un tratado de comercio y de amistad que despues firmé, cosa inmensa, pues hasta entonces no había querido hacerlo con ninguna otra nacion. Estuve á punto de echarme á reír cuando fuí introducido; el gran eunuco *Tononu*, me precedía medio prosternado y en cada cuarto se detenía, escuchaba, y para anunciarnos balaba como un carnero. Encontré al rey y á sus ministros bajo una galería bastante sencilla medio tendidos en unas alfombras. A su lado estaban las *mujeres-ministros* ricamente vestidas, pues es de advertir que en la singular organizacion del Dahomey, cada ministro varon tiene su correspondiente hembra cerca del rey.

Dos días despues me previno que había convocado una grande asamblea de su pueblo para mostrarle los regalos que le enviaba el rey de Francia. Cuando yo llegué á la plaza, acompañado de los tambores y con banderas desplegadas, ví en efecto una inmensa afluencia de guerreros y de pueblo menudo. Despues de saludar al rey y tocarle la mano principiò la presentacion. Pongo entre mis dibujos la escena en que el gran ministro Mehu presenta al pueblo el retrato de Napoleón III, entonces presidente de la república, que yo le había llevado. Lo mas curioso que hubo en esta exhibicion fué la aparicion de los cascos de bomberos; cincuenta amazonas desfilaron y se formaron en frente del estrado real, cubiertas sus cabezas con estos cascos adornados de plumeros rojos y que brillaban al sol de un modo soberbio.

Esta fiesta concluyó como las otras con distribuciones que se hicieron al pueblo y á las gentes de nuestra comitiva que no dejaban de agradecerlo. Desde aquel día todo fueron fiestas y mas fiestas que se anun-



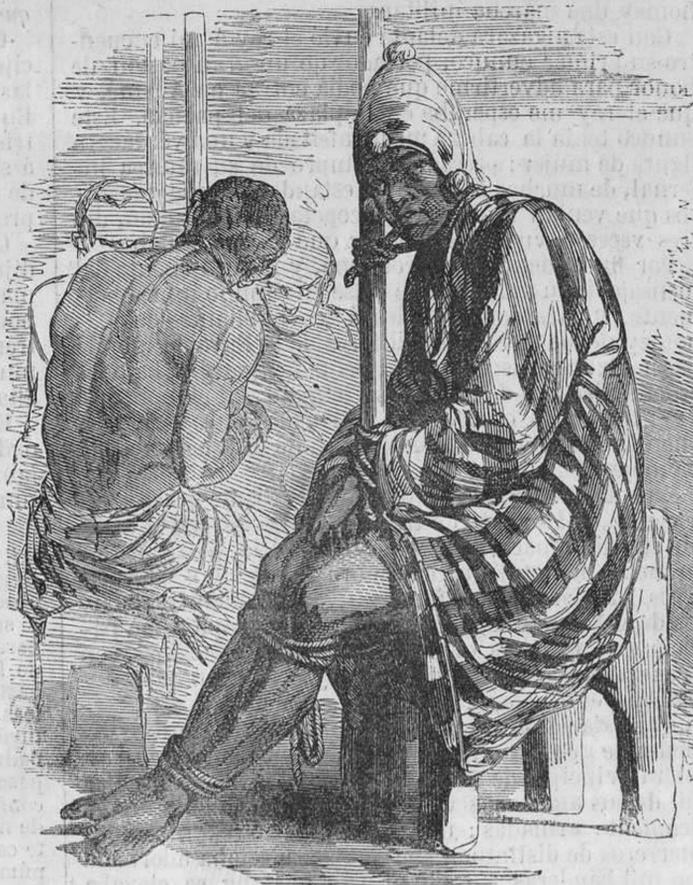
Guezo, rey del Dahomey.



La reina favorita en Abomé.

que yo hice fué bastante significativo, pues S. M. me mandó preguntar lo que tenía. Yo le respondí que nuestra nacion aborrecía tan abominables sacrificios, y que el mayor placer que podía causar á su amigo el rey de Francia, sería no solo el conceder la vida á aquellos desgraciados, sino el renunciar para siempre á degollar así hombres á sangre fria.

Guezo no comprendió al pronto lo que quería decir, pero cuando lo hubo comprendido no pudo ménos de echarse á reír, risa que fué imitada al punto por los *cabeceros* y ministros que le rodeaban. Esta fué la única respuesta que obtuve aquel día; yo respiraba tristemente mirando á los infortunados que aunque sabían la suerte que les esperaba, comían, reían y hablaban entre sí alegremente. Guezo me hizo notar que los había elegido á todos hermosos y jóvenes para hacerme mayor honor, y entonces yo le pregunté si no sería posible rescatarlos. El monarca me respondió que no, que había bastantes esclavos de venta en el Dahomey, sin que yo tuviese que ocuparme de salvar la vida á sus enemigos mas encarnizados. ¡Ay! todas mis instancias fueron vanas... Al otro día mi negro fiel del Senegal, Fara, que desde hacía seis años no me había dejado en todas mis expediciones sobre la costa de Africa, y que era mi abanderado, vino á decirme que uno de los prisioneros estaba empalado vivo y con sus vestidos en un palo muy alto que había en la plaza; á los demás les habían cortado el cuello solo hasta la mitad, y desnudos les habían atado por los pies á una hilera de pilares de madera dispuestos al rededor de la plaza. El pabellon rojo estaba vacío.



Prisioneros de guerra en visperas de su suplicio.

ciaban por la mañana con un buen tiroteo. Una vez S. M. me manifestó el deseo de ver hacer el ejercicio á mi pequeña guardia; por fortuna el artillero Tielmant, la había instruido bien durante mi residencia en Whyda y el rey hizo notar á sus guerreros la diferencia que existía entre la disciplina europea y la suya. En efecto llegaban y se agrupaban sobre la plaza sin orden, los unos sentados, los otros de pié; mi guardia del Salam francés, por el contrario, vestida á la europea y bien enseñada, permanecía descansando las armas detrás de mí sin moverse una línea aunque pasaran muchas horas. Esta disciplina y la precision de su tiro inspiraron al rey un vivo deseo de tener en su ejército oficiales franceses para instruirle y disciplinarle á la europea.

Un día el rey quiso darme una idea de la generosidad que usaba con su pueblo y de las riquezas que poseía; me advirtieron de ello la víspera y á la otra mañana á las siete llegué á uno de los patios del palacio donde el rey rodeado de sus principales jefes de amazonas de toda gala, se hallaba tendido bajo una tienda inmensa de 12 metros de alta y de 18 de diámetro con figuras de hombres y de animales pintadas de negro, de rojo ó de amarillo, y adornada en lo alto con el pabellon real y la estatua del genio del Dahomey. En punto á hombres no habían dejado penetrar mas que á los guardias particulares del rey, los ministros, los grandes dignatarios, etc. El rey vestía un traje magnífico y muy propio del clima y de las costumbres. Si en lugar de aquellas pobres chozas de tierra uno ó de dos pisos, hubiese visto los pala-

cios de mármol y de pór-fido de la inmensa Babilonia me habria parecido estar en presencia de uno de sus reyes. Un magnífico manto de terciopelo color nacarado, todo bordado de oro, un collar de cuentas de España del que colgaba una placa de diamantes, un damasco de toda riqueza en forma de banda, una corona de oro enriquecida de piedras preciosas, un cetro de lo mismo, un pantalon corto bordado de oro y de perlas, tal era el sorprendente traje que llevaba.

Los ministros iban vestidos á la turca, con una gruesa tela de seda, un sable corto con vaina de plata á la cintura, y lo que mas me llamó la atención, unos cuernecillos de plata en la cabeza, y una placa redonda tambien de plata en una de las sienes. Por lo demás, aquel dia todos los grandes cabeceros, dignatarios y jefes de amazonas llevaban los mismos cuernos, y todos ménos el rey, estaban descalzos. Desde las siete de la mañana hasta las tres de la tarde, pasaron ante mis ojos una porcion de objetos á cual mas curiosos y magníficos; eran grandes avestruces de plata maciza de un metro de altura, con huevos del tamaño natural; especie de pagodas con campanillas del mismo metal y de igual altura; servicios y jarrones magníficos de plata con flores de lis, regalo de los antiguos reyes de Francia; carrozas de las primeras que se inventaron, y otros carruajes bonitos de construcción moderna, regalo de los portugueses ó de los ingleses; dos tronos magníficos de oro y terciopelo, con dos leones tendidos delante: Guezo con su cetro en la



Mehu, primer ministro, y su madre, en traje de ceremonia.

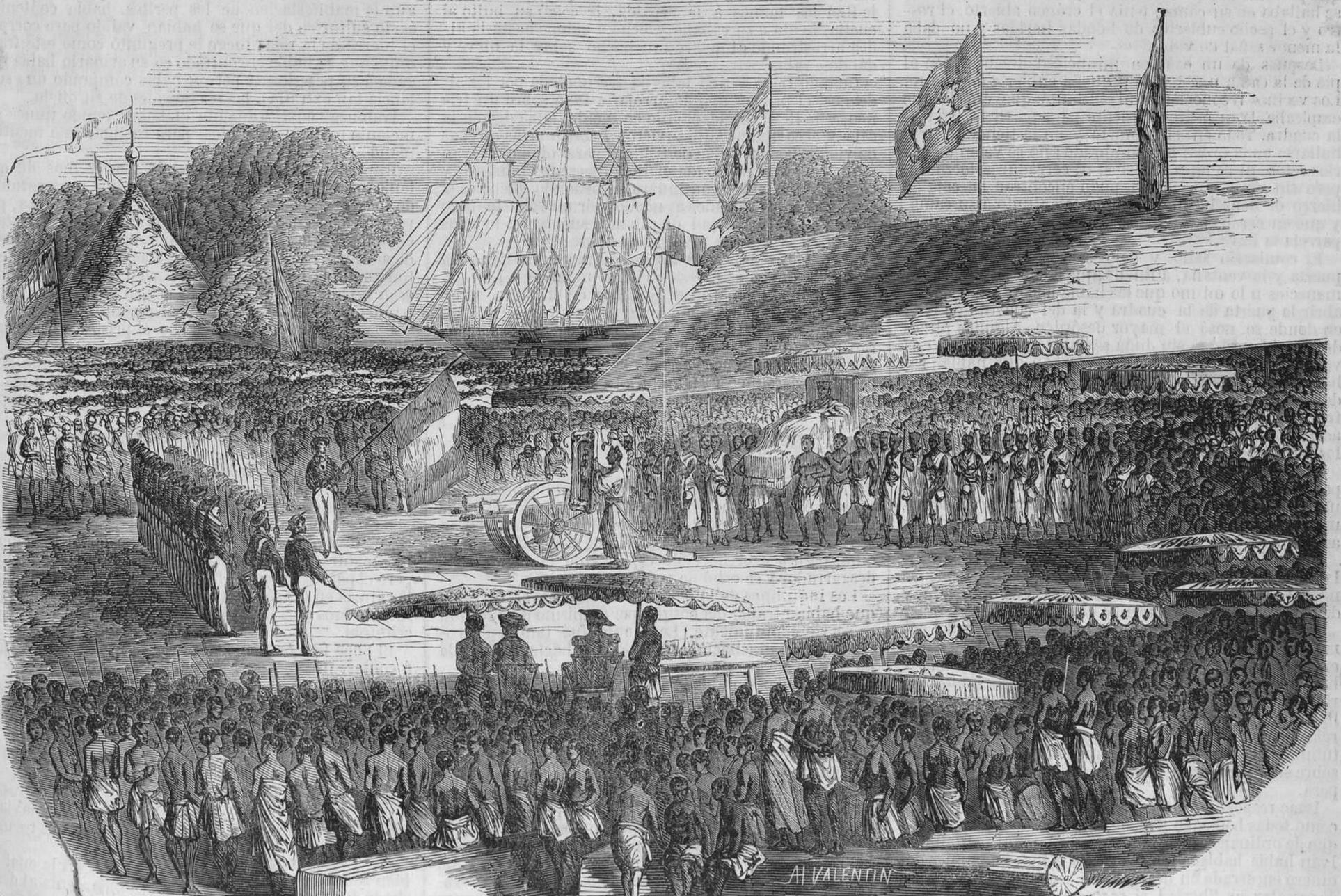
mano se hallaba sentado en uno de ellos, llevado por veinte mujeres, y rodeado de su compañía sagrada de las amazonas, que se elige entre las mas valientes y nunca se separa del rey; su traje sobrecargado de adornos era de los mas brillantes y pintorescos.

Guezo pasó saludándome graciosamente con la mano,

visto pocas disformidades en el Dahomey, y que sobre todo en el interior, la sangre es muy hermosa. Aquellos pobres diablos de jorobados iban vestidos en caricatura; les habian pintado un cerco blanco en los ojos, y sus jorobas iban desnudas. Los bufones no eran ménos notables por sus vestidos; llevaban altas medias blancas,

en medio de las aclamaciones de la muchedumbre; cerca de él cuatro guerreras llevaban un jarron de cobre con la sangre de los prisioneros degollados durante la noche en honor de aquella fiesta. En seguida desfilaron mas de cuatro mil mujeres cargadas con grandes jarrones llenos de alimentos ó con grandes botellas de aguardiente. Vi tambien el enorme tan-tan de guerra del rey, pintado como hedicho, con sangre, y guardado de quijadas y de mandíbulas ó de cráneos de los reyes ó jefes enemigos muertos. Desfilaron despues las compañías de amazonas de toda gala, armadas de escopetas doradas, de millares de estandartes, de bandas de música de toda clase, hasta panderetas y tambores de guerra, con una multitud de pabellones entrelazados y pandillas de bufones bailando de un modo burlesco, etc. etc. Tres cosas me sorprendieron en esta exhibicion, y lo primero fué la idea singular del rey de reunir en una sola compañía unos treinta jorobados y de hacerlos desfilar en mi presencia.

Sin duda fué para darme una muestra de la hermosura de la sangre de la nacion del Dahomey, puesto que me advertió que eran los únicos que habia en todo su reino. El hecho es que he



Presentacion al pueblo del Dahomey del retrato del presidente de la república francesa.

una larga cola á cuya extremidad habia una bala cortada y cascabelillo por todo el cuerpo; lanzaban á una altura extraordinaria el fusil que llevaban en la mano, y al cogerle para volverle á lanzar, daban vueltas sobre sí mismos velozmente, haciendo describir á su cola un círculo muy rápido solo con el movimiento de sus caderas.

El último cuerpo que salió en gran pompa del palacio fué el de las hermanas y mujeres legítimas del rey; las hermanas del rey llevaban todas una banda blanca sobre la frente y un baston con puño de plata en la mano; serian unas cuarenta; las mujeres legítimas del rey, que eran cinco, llevaban todas el soberbio y brillante traje que puede verse en los dibujos, esto es, la diadema, el cetro y el brazalete que las cogía todo el brazo desde el puño hasta el hombro; estos adornos eran de plata para todas excepto para la favorita ó reina que eran de oro; esta reina era una mujer muy jóven y muy linda, cuyo éfatis bronceado resaltaba mejor aun con sus ricos vestidos de seda y oro.

Después del desfile, Guezo quiso que presenciara las liberalidades que hacia á su pueblo, y viniendo al lugar en que yo estaba, brindó de nuevo á la salud del rey de Francia, y me invitó á acompañarle á la plaza. Habia allí una muchedumbre inmensa de guerreros, cuyo entusiasmo creció de punto al descubrir al monarca; Guezo subió á una estrada circular cubierta con una tienda situada en medio de la plaza, y sobre la cual se veian montones de piezas de telas y de conchitas (moneda del país) y media docena de infelices prisioneros atados; cuando se han distribuido conchas y telas, licores y alimentos, arrojan estos prisioneros á la muchedumbre que los degüella y los destroza con furor.

Guezo me hizo el favor de advertirme ántes de que tuviese lugar esta horrible ejecucion, y yo entré en mi casa aturdido con todas las cosas que habia visto y oído desde por la mañana.

(Se concluirá.)

A. B.

Un asesinato en Riga.

(Continuacion.)

El comisario mandó quitar la reja y se lanzó en el gabinete, pero apenas habia entrado cuando se oyeron dos gritos; el gato le habia saltado encima y se habia agarrado con tanta fuerza á su uniforme, que le costó muchísimo trabajo libertarse de sus uñas. M. Schloss logró encender una vela, y pudo ver la escena horrible que presentaba aquel gabinete. El rico mercader de té se hallaba en su cama; tenia el cráneo abierto, el rostro y el pecho cubiertos de hondas heridas y no daba la menor señal de vida.

Después de un exámen minucioso descubrieron al pié de la cama una hacha pequeña cubierta de sangre. Los vecinos reconocieron al instante que era la que empleaba Ivan ordinariamente para partir la leña en la cuadra. Todo en el gabinete y en la tienda parecia hallarse en el orden acostumbrado; no se veian armarios rotos, ni cajones abiertos, ni cerraduras forzadas, pero sin embargo, no se pudo encontrar la caja de hierro de Mouschkinn que debia estar junto á su cama, y que encerraba sus papeles y su dinero, y ni siquiera parecia la llave.

El comisario salió y dejó soldados guardando la puerta y la ventana, á fin de que todas las cosas permaneciesen en lo mismo que las habia encontrado. Mandó abrir la puerta de la cuadra y la del cuartito de Ivan en donde se notó el mayor desorden. Algunas piezas de ropa blanca que sin duda se habian caído de un envoltorio hecho muy de prisa, indicaban que habian salido de allí precipitadamente. En el fondo del armario donde habian estado los trapos de Ivan se descubrió un frasco tapado con un corcho, que habia contenido un ácido semejante al que se habia empleado para roer los barros de hierro de la ventana.

Era imposible dudar que Ivan no fuese el culpable; pero tratábase de saber donde habia pasado la última noche, quien era su cómplice, á qué hora se habia cometido el crimen, y en qué dirección habian huido los asesinos.

Los vecinos y los inquilinos de la casa sabian que Ivan, después que se cerraba la tienda, iba todas las noches á visitar á su amigo Isaac á casa de Singwald, y dieron parte de ello al terrible comisario.

Este pasó inmediatamente á casa del decano del comercio, donde probablemente era la primera vez que entraba de oficio un agente de la justicia criminal, y habiendo pedido que reunieran á todos los criados, dirigió entónces á cada uno de los individuos que se hallaban en su presencia diferentes preguntas sobre las relaciones que habian tenido con Ivan, y sobre las costumbres del muchacho, concluyendo por interrogarles sobre si sabian donde habia pasado la noche de la víspera.

Isaac respondió que aquella noche se habia pasado como todas bebiendo ponche, aunque algo mas tiempo que de ordinario, y creyó deber confesar al pristaff que Ivan habia hablado toda la noche y mas que nunca del dinero encerrado en la caja de su amo, y de su proyecto de rescatar su libertad si es que un día podia llegar á realizarlo. Añadió que Ivan le habia parecido muy preocupado y con deseos de marcharse.

— Mi opinion está formada ya, dijo el pristaff; él es ciertamente y no otro quien ha asesinado cobardemente al pobre Mouschkinn. Todos los indicios concuerdan en designarle como el asesino ó al ménos uno de los asesinos.

M. Schloss salió de casa de M. Singwald para proceder á dar aviso al mayordomo del señor de Ivan.

— No puede, se dijo, haber andado mucho, si ha tomado el camino que debe conducirle á casa de su madre. Todavía no son las doce, si yo monto á caballo podré alcanzarlo; tomemos pues el camino de San Petersburgo.

Schloss abrigaba la conviccion de que encontraria al delincuente sobre las colinas arenosas cubiertas de frondosos bosques, que habia recorrido de noche con el nuevo jefe de la policia á la caza de los desertores.

Llegado á una distancia de cinco verstes de Riga, el comisario distinguió de repente en un lugar desierto las huellas de una rueda y de unos zapatos sobre la nieve; durante algunos instantes las siguió, y lanzando un grito de alegría y de asombro se apeó de su caballo. Al fin encontraba lo que la esperanza y la imaginacion le mostraban hacia muchas horas, esto es un carreton de una sola rueda, la caja de hierro, un monton de paja y una manta de caballo que tapaba el botin; pero el hombre no estaba ya allí; el comisario llegaba tarde.

— Tenemos que alcanzarle, gritó á sus soldados, mientras montaba de nuevo á caballo.

Al cabo de correr al galope un cuarto de hora, creyó distinguir á lo lejos una cosa que parecia una forma humana. Entónces metió las espuelas á su caballo que corria con una rapidez inusitada.

Cuando se iba acercando, un viatiero que llevaba un bulto á la espalda volvió tímidamente la cabeza y echó á correr al reconocer el comisario, pero iba tan de prisa que el caballo cansado ya apenas podia seguirle.

— Ivan, exclamó el pristaff al jóven, que trataba de evitarle saltando un ancho barranco para entrar en el bosque; detente ó te encajo un balazo.

Viendo Ivan que el que le amenzaaba no llevaba consigo armas de fuego, desapareció en el bosque, y continuó la persecucion por entre los árboles y las zarzas. Ivan se deslizaba como una ardilla á través de los matorrales que el caballo no podia salvar y que le hacian perder mucho tiempo. El pristaff Schloss echaba espuma de desesperacion y de rabia, y su caballo hacia lo mismo de cansancio. El bosque desembocaba en una vasta plazoleta en cuyo centro habia un lugarcillo. Ivan sin saber lo que hacia continuó su correria hácia adelante en vez de volverse al bosque, de modo que el caballo del comisario en breve le alcanzó y le echó por tierra. El comisario se echó sobre él, le arrancó el cinturón que ceñia su tulupa (gabán de piel de carnero), le ligó las manos á la espalda, le colgó su bulto al cuello, le ató á su caballo y echó á galope hasta la aldea arrastrando al pobre muchacho sobre la nieve y dándole sablazos.

Cuando llegó á una taberna frecuentada por los aldeanos, el pristaff mandó arrojar á Ivan sobre un trineo, y le llevó hasta el sitio en donde habia dejado la caja y el carreton. Aquí tuvieron lugar nuevas escenas de violencias por parte de Schloss para obligar á Ivan á que indicara en donde habia enterrado el dinero, y como el muchacho continuara guardando silencio, el comisario y los soldados ayudados por un robusto mozo que sentia la necesidad de calentar sus manos heladas por el frio, molieron á golpes al pobre preso.

Principiaba á caer la noche y hubo que dejar para el día siguiente las investigaciones ulteriores. La caja, el carreton y la manta se pusieron en el trineo, sobre el cual iba tendido Ivan como un cadáver. El pristaff entró en la fortaleza, y ántes de que los serenos gritaran: ¡Las diez! y de que se cerrasen las puertas de Riga, corrió la noticia por toda la ciudad de que habian cogido al asesino de Mouschkinn, pero que los tesoros que contenia la caja habian desaparecido.

VII.

Presentado ante el juez, Ivan comprendió que su salvacion ó su ruina dependia de sus respuestas, y que un silencio obstinado hacia mas grave su posicion en vez de mejorarla. Lleváronle delante del cadáver de su amo, pero á este horrible espectáculo lanzó un grito desgarrador y se echó de rodillas llorando.

Los inquilinos de la casa reconocieron el carreton que habian traído del bosque por el mismo de que Ivan se servia comunmente. La manta fué tambien reconocida, y el muchacho confesó que la hacha manchada de sangre era la suya.

Después de esto añadió:

— Casi todas las noches después que mi pobre amo se retiraba á su dormitorio, me iba yo con su licencia á visitar á los criados de M. Singwald para hablar con mi viejo amigo Isaac acerca de los caballos, ó con M. Simeon que me queria y cuya conversacion me gustaba mucho. Antes de anoche fui tambien y quise volverme á las diez como de costumbre, pero Isaac y Simeon me detuvieron; Simeon me llenó de nuevo el vaso de ponche, un ponche muy fuerte, nunca lo habia bebido tanto. Hablamos mucho de las riquezas de mi amo y de su caja llena de monedas de oro; mi cabeza se iba poniendo muy pesada, y en la embriaguez yo no soñaba mas que oro y libertad. Desde aquel momento no sé lo que dije. Cuando dieron las once me

dijo Simeon: Ya puedes marcharte. Isaac despertó al conserje y me acompañó hasta el umbral de la puerta cochera; el frio me reanimó un poco y me volví á casa corriendo. Encontré entornada la puerta de la cuadra y no cerrada, bien que yo tuviese la llave en mi poder y que ántes de salir me acordase la habia cerrado. Esto me dió mucho miedo, y el miedo me determinó á llegarme muy quedito hácia la ventanilla del cuarto de mi amo. La reja estaba en el suelo y los vidrios hechos pedazos; la cortinilla de sarga verde que ordinariamente les cubria no estaba allí ya, y distinguia los ojos de nuestro gato que lanzaban tantas chispas sobre las almohadas de la cama, que yo solo veia manchas de sangre. Parecíame que me decia el gato: Acaban de asesinar á mi amo. Mis piernas temblaban y exclamé: « ¡Santa Madre de Dios! ¡me acusarán á mí de este crimen! » Tal fué mi último pensamiento. Después todo se confundia en mi cerebro, sentia un fuerte dolor en el corazón, y creia oír decir al gato que exclamaba: ¡Ivan ha sido! Levanté la reja y la apoyé contra la ventana; después entré en mi cuadra donde me retorcía en el suelo desesperado. Allí me puse á rezar hasta que se disiparon los vapores de mi cabeza, pero á medida que desaparecia la embriaguez, el miedo se aumentaba. Cuando oí á mi caballo que sacudia su cadena, me parecia que aquella cadena me tenia preso, y me preguntaba: « ¿Pero quién ha matado á mi amo? ¿quién será acusado de ese crimen abominable? A ti te acusarán, te darán de latigazos; la cuerda desgarrará tus carnes hasta que caigan en pedazos y te se vean los huesos... Oí dar la una en el reloj de la torre... luego las dos... luego las tres... A las cinco enlacé con mis brazos el cuello de mi pobre caballo, vertiendo muchas lágrimas, y le dije ¡adios! ¡adios! El caballo me respondió relinchando tristemente, muy tristemente... Por fin hice mi envoltorio y eché á correr... mas como la puerta de la ciudad estaba cerrada todavía, me quedé acurrucado en el esquino de una calle hasta que la abrieron, y en cuanto los lecheros entraron por el arrabal salí secretamente deslizándome entre ellos. Entónces corrí sin perder un instante; solo recuerdo que el señor pristaff me alcanzó, que su caballo me echó al suelo y me arrastró por la nieve, y que me dieron de golpes hasta que perdí el conocimiento. Es la pura verdad lo que llevo dicho.

M. Schloss no se mostró muy dispuesto á tomar por la pura verdad lo que acababa de decir el muchacho, porque el pobre Ivan era esclavo; y para obligarle á confesar, imaginó que el medio mas sencillo era mandarle administrar inmediatamente en las costillas algunos centenares de latigazos con una vara verde y flexible.

Ivan soportó este tormento sin desmentirse, bien que estuviese chorreando sangre. El pristaff le presentó enseguida un frasquito con un rótulo inglés que, segun la manifestacion de los peritos, habia contenido ácido sulfúrico del que se habian valido para corroer el hierro de la reja; luego le preguntó como este frasquito que se habia encontrado en su armario habia llegado á su posesion, y porque habia comprado una sustancia tan extraña á las necesidades de su oficio.

Ivan negó enérgicamente el haber tenido nunca semejante materia, y Schloss para castigar esta mentira mandó repetir el castigo.

El pristaff se fué convenciendo mas y mas de que tenia que habérselas con un malhechor muy astuto y de todo punto corrompido á quien la naturaleza, por un capricho inconcebible, habia acordado la máscara engañosa de la dulzura y la inocencia. Se puso fuera de sí al ver que todas las investigaciones que hasta entónces habia hecho para descubrir las sumas robadas eran infructuosas y que Ivan por su parte no se hallaba dispuesto á querer indicar el escondite.

La ciudad entera pensó como el pristaff y se encarnizó contra el jóven delincuente.

Solo un individuo en Riga parecia dudar que Ivan fuese culpable, y públicamente manifestó su duda en muchas ocasiones; era Simeon, el criado de M. Singwald.

Cuando hablaban delante de él de este delito, respondia ordinariamente:

— Todo eso no es verdad, y yo no me incomodo contra los que quieren creerle autor del crimen, pero por mi parte no lo creo; no tiene trazas de un asesino.

La instruccion de la causa duró largo tiempo, como es costumbre en Rusia, quedando suspendida enteramente durante la Semana Santa y los dias de Pascua; pero el pope á quien se habia confiado la salvacion de las almas en las cárceles de la ciudad, habia elegido de intento esos dias feriados para atacar la obstinacion del criminal.

El pope fué impelido á la accion infame que vamos á contar, no tanto por la policia como por el archimandrita que consideraba á Ivan como una víctima robada á la santa iglesia ortodoxa por la culpable indulgencia del antiguo jefe de la policia. El archimandrita temia que el acusado si persistia en negar, se sustrajera á la justicia humana no obstante la gravedad de los cargos que pesaban sobre él.

El pope debia emplear toda su habilidad en arrancar á Ivan la confesion de su crimen, lo que todavía no habia podido obtener el pristaff á pesar de los tormentos á que habia recurrido.

La cuaresma que habia finalizado, y á la cual habian sometido al preso con todo rigor, tenia al desdichado Ivan sin fuerza y sin aliento. El pobre jóven tenia un apetito extremado; no se quejaba nunca sino de hambre.

Hallábase en estas disposiciones cuando el pope vino á sorprenderle el viérnes santo con la oferta de un buen alimento. Ivan abrió sus ojos cuan grandes eran al oír que el pope le decía:

— Hijo mio, me compadezco de tí. Que seas ó no un gran criminal, solo de tí depende el excitar la conmiseración de tus jueces por una confesion de arrepentido; además, al cabo y al fin eres un hombre, y no quiero que una criatura del Señor padezca por mas tiempo del hambre que te devora. Te prometo muy buenas cosas para esta noche, pero que se quede entre nosotros; no hables de ello al guardian, pues entónces ya no podría yo verte.

Ivan experimentó un júbilo indecible con esta promesa, y contó los segundos hasta la noche: su imaginación le presentaba ya las delicias de un opíparo banquete con todo el ardor de que es susceptible el estómago vacío y hambriento de un jóven.

Y cuando el desgraciado preso oyó andar por el corredor, que descorrian el cerrojo de su puerta y que el pope apenas visible en la oscuridad le entregó de prisa un paquete envuelto en papeles diciéndole: Toma pronto, pan blanco, buenos peces, buen apetito y arrepíentete, ni siquiera notó que de nuevo se había quedado solo.

(Se concluirá.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — La elegancia se pasea en silla de posta.—El polvo de postillon. — El Sport y el Turf. — Los elegantes toman el velo. — De cómo se visten los jóvenes del día. — La levita derecha está á la moda. — El Newmarket cambia de destino. — De los nuevos chalecos. — Sobre las camisas y corbatas. — Dos trajes de hombres distinguidos. — Descripción del figurin del presente número.

La elegancia se pasea, esto es, la elegancia dorada, esa juventud risueña que monta á caballo, fuma con delicias un cigarro de la Habana, y no tiene otro cuidado que el alza ó la baja de sus afectos pasajeros. La elegancia se pasea en soberbios carruajes, en brillantes cabalgatas y en berlinas de posta con tiros de cuatro caballos. Los parisenses á la moda han adoptado actualmente este modo de salir á los Campos-Eliseos, á la Marche, á Berny, etc.; es la gran moda del día. Era horrible viajar siempre en camino de hierro, donde hasta los perros se hallan admitidos pagando su puesto. El Jokey-Club se reunió y quedó resuelto que se sacaría á relucir cuantas sillas de posta se encontrasen, por viejas y feas que fueran, que las pondrían tiros de cuatro caballos, y que se presentarían en estos vehículos en los paseos. Es cosa muy notable el alboroto que arman los señores postillones cuando atraviesan como una flecha las arboledas de los Campos-Eliseos y de San Cloud, ó cuando se dirigen á los sports de la Marche.

La primera berlina de posta que se presentó en los boulevards excitó una curiosidad extraordinaria.

— Son extranjeros, decían.

— Sin duda, un noble lord, un príncipe cualquiera que viaje de incógnito.

Pero luego vieron otra berlina, y luego otra, y luego veinte... y entónces los paseantes y los curiosos se alarmaron.

— ¡Dios eterno! exclamaban, ¡París emigra!

Y los municipales tuvieron que tranquilizar á la poblacion espantada, manifestando que todas aquellas sillas de posta contenían la gloria y el orgullo del mundo elegante.

Pero esta manera de viajar no es nada ventajosa para los trajes; las personas se cubren de polvo de piés á cabeza, pero lejos de quejarse nuestros caballeros hacen gala del polvo que han consagrado ya llamando *polvo* de postillon. Cuanto mas empolvado se encuentra un elegante, tanto mas se halla á la altura de la moda. El supremo buen gusto para ellos es asemejarse á una caravana de peregrinos que acaban de atravesar las arenas del desierto en direccion á Jerusalem. Llevando las cosas al extremo, los hay que se apean de sus sillas de posta, y se ponen á retozar en medio del camino como galgos que salen de caza.

Los concurrentes á las carreras de caballos se visten de un modo muy distinto que los demás hombres. En el sport y el turf se encuentran las modas nuevas, la excentricidad y la fantasía. No en otra parte se ven hombres con velo en el sombrero, y confieso que abrigo la esperanza de ver un día á nuestros jóvenes con sombrilla y abanico. El furor de montar á caballo es tan grande, que muchos ginetes se atreven á presentarse con el frac de visita, porque no tienen tiempo de cambiarle. Es de mal tono, pero el mal tono está á la moda y esto basta.

Entrando en el capítulo de las novedades, principiaremos por señalar la levita derecha de paño muy ligero. Su corte es muy fácil y gracioso: un cuello pequeño, solapas ídem, y el talle á la altura ordinaria, lo que es infinitamente mejor que ponerle en donde no existe. Los faldones tienen poco vuelo y bajan á algunos centímetros de la rodilla; por delante cae cuadrada sin abrirse ni cruzarse demasiado, y cuando se quiere dejar á descubierto un chaleco de fantasía no se abotona sino que se mantiene sujeta con un doble boton ó con una presilla de goma elástica. Los colores preferidos para estas levitas son el bronceado, el azul oscuro ó el negro inglés.

En cuanto al frac de fantasía se hace de fieltro ligero co-

lor de castaña, ó de paño cruzado con seda jaspeada, de manchitas ó formando rayas; el cuerpo no se ajusta, y los faldones son anchos sobre las caderas. Este género de frac se parece mucho al Newmarket, ántes traje de turf y hoy cambiado en traje de paseo.

También ha habido una transformacion en el chaleco; así como ántes eran caprichosos, originales, de grandes dibujos, hoy son distinguidos y modestos. Ya no se ven mas de grandes cuadros, y solo sí de puntitos claros y menudas florecillas. Los colores suaves y los dibujos de color sobre color son preferidos á los de matices brillantes. La popelina es la tela mas á la moda; es un tejido sedoso que tiene reflejos cambiantes y aterciopelados. No todos los chalecos se hacen de chal, sino que se principian á usar derechos, y se llevan con cuatro botones puestos y abiertos sobre el pecho y con un cuellecito derecho. Para chalecos derechos se escogen de preferencia los piqué y valencias claros; las telas de seda se reservan para los de chal. Estos últimos son muy cortos y se hacen recortados en relacion con el talle del frac. Es probable que se adopte también el chaleco derecho á la inglesa con cuello caído, hecho para abotonar hasta arriba ó para ir abierto dejando á la vista la camisa.

Las modas de primavera se hallan muy en su principio, pues hasta hoy el buen tiempo ha sido un problema. Cada cual ha conservado su paletó de invierno y sus pieles, mucho despues del término fijado por la elegancia, y por consiguiente las novedades se muestran poco á poco. La forma de los pantalones sigue la misma y se llevan con trabillas ó sin ellas; los elegantes los gastan sin trabillas y aun sin tirantes. Las pecheras de las camisas parecen mas bien camisolines de señoras que camisas de hombre; llevan cuchillos afollados, rayitas al sesgo ó transversales y entredos de bordado; solo las faltan mariposas de cinta.

Las corbatas son también muy variadas; las negras están un poco abandonadas por los jóvenes; los lazos se hacen aplastados con puntas flotantes.

Antes de llegar á nuestro figurin que representa fielmente las últimas modas, voy á describir uno ó dos trajes elegantes que he fotografiado en el último steeple-chase de la Marche.

El señor conde de L..., un elegante de veinticinco años, llevaba un bonito paletó color de ceniza de paño ligero. Su chaleco era de valencias fantasía de pequeño chal corredizo y poco largo por abajo. Su pantalon del mismo color que el paletó llevaba anchas bandas dispuestas sobre el lado. Su corbata era negra y verde; la pechera de su camisa tenía plieguecitos respunteados representando rayas al sesgo, y por último sus guantes eran de color de lila.

El marqués de B... llevaba el segundo traje. Componíase de un frac á la francesa de paño bronceado claro con una hilera de botones; chaleco de seda de grandes flores nacaradas formando un pequeño chal subido del mismo largo que el talle del frac, y pantalon de satín color de perla adornado á cada lado de las costuras con un vivo satinado.

Hallamos además este elegante traje á la cabeza de nuestro figurin que le reproduce exactamente.

Despues tenemos el de un niño de cinco años que lleva un pantalon de color de violeta. La chaquetilla cae recta por detrás y por delante; no lleva cuello y todo alrededor, así como en las bocamangas, va adornado con un ancho terciopelo negro cosido llano. Los delanteros á partir de la cintura cierran por medio de unas presillas que agarran en los botones.

Como el caleco no va á la vista, se puede usar de cualquier modo. En cuanto al pantalon va plegado por arriba y conserva mucha anchura de piernas, corto y sin trabillas. Botitas cubiertas con botines cerrados, y gorrita adornada con soutaches de oro y borla.

El tercer traje que se ve en un hombre de veinticinco á treinta años, está muy á la moda para salir por la mañana y aun para mediodía; reúne el sello de alta fantasía y el *negligé* del hombre distinguido.

Chaleco de popelina de seda color oscuro un poco largo.

Pantalon de mil rayas color bronceado de corte derecho con trabillas ó sin ellas.

Nuestro figurin termina con un traje de fantasía que se ve en un jóven de veinte á veinticinco años.— Levita de paño verde de corte con una sola hilera de tres botones; está cortada para que los dos bordes exteriores se unan y se mantengan al tercer ojal rodeando el cuerpo sin apretar; cuello formando chal; mangas anchas, sin bocamangas. Vista de espalda es muy ajustada; el talle es un poco ancho sin ser largo; las piezas de los costados van añadidas, en tanto que vista por delante, estas últimas forman una sola pieza con los faldones. Estos no tienen mas vuelo que el necesario para que la levita no haga arrugas sobre las caderas; su largo es de unos diez cent. sobre las rodillas. Es como si dijéramos una prenda para el verano, pues repetimos que los vestidos en general se llevan mas cortos.

El chaleco de valencias cachemira mezclilla de seda es á la inglesa, esto es, *derecho avanzando*, y se abotona alto.— Pantalon de satín ligero, de anchura ordinaria, corto y redondo sobre el pié, con trabillas.

Vizcondesa DE RENNEVILLE.

De los jardines zoológicos y de la naturalización de los animales útiles. — Sociedad real de zoología de Ambéres.

En 1843 se reunieron muchos habitantes acomodados de la ciudad de Ambéres y resolvieron dotar á su po-

blacion de un jardin zoológico. Sus fines eran « propagar de una manera agradable el gusto y los conocimientos de la historia natural, y facilitar su estudio á los miembros de la sociedad, lo mismo que á los artistas y discípulos de la Academia real de Bellas Artes y á los discípulos de la escuela de Medicina y del Ateneo de Ambéres. »

La sociedad se fundó con un capital de 100,000 francos representados por 1,000 acciones de 100 francos cada una, al interés de 3 %. Los primeros fondos de los accionistas se emplearon en la adquisicion de un local cuya extension actual es de mas de tres hectareas. La sociedad se compone de miembros efectivos, miembros honoríficos y miembros corresponsales. Hé aquí en pocas líneas las bases generales de su organizacion; una visita por sus jardines nos probará que la idea fué excelente y que se ha dirigido con suma habilidad.

El jardin zoológico de Ambéres se halla situado fuera de la ciudad; está contiguo á la estacion del camino de hierro, pero la distancia que le separa de las murallas es muy corta y el camino es bueno, de modo que es un paseo agradable. La entrada no tiene nada de majestuoso; es una arboleda á cuya extremidad se distingue la casa rústica que sirve de habitacion al director Kets, uno de los primeros fundadores de la sociedad, y á M. Vekemans, su sobrino, director suplente. Apenas se han andado algunos pasos por la arboleda cuando se encuentran dos hileras de columnillas de hierro puestas á cada lado entre los árboles. Cada una de ellas elegantemente encorvada tiene á la punta una percha, sobre la cual se expone cuando hace buen tiempo una parte de la coleccion de loros, papagayos, cucatués, etc. Además de la casita rústica de que hemos hablado el jardin encierra dos edificios principales; el uno que se distingue á la derecha saliendo, es el café, donde se reúnen en las tardes de verano los paseantes; el otro que domina todo el jardin es el museo, vasto monumento con su cúpula, que ofrece en su conjunto los caracteres de una elegante sencillez. En la parte central del piso bajo están los pájaros, y las fieras se encuentran en las dos alas laterales que hacen frente al jardin. Pero esta disposicion es provisional; pues las fieras deben repararse por todo el jardin en vastas jaulas de hierro, separadas unas de otras.

Se llega al piso principal por una hermosa escalera de piedra; un vestíbulo de columnas da entrada á una inmensa galería tan grande como el edificio, y que encierra las colecciones de animales disecados y las curiosidades de historia natural que debe la casa á la generosidad del director.

El jardin está muy bien dispuesto; las desigualdades del terreno bien combinadas ensanchan su capacidad aparente; es bastante rico en árboles y plantas exóticas que gracias al mucho cuidado prometen frescas sombras y bonitos parterres, cuando hayan llegado á su debido crecimiento; por ahora, hay que contentarse con las sombras indígenas que no son despreciables.

La coleccion de mamíferos es numerosa y componíase últimamente de cuatro leones, tigres de Bengala, panteras, hienas, chacales y otros carnívoros ménos importantes, de osos pardos, negros y blancos, y de un crecido número de animales ruminantes y otras especies. Los monos ocupan un *palacio* construido por el modelo del que se ve en París en el Jardin de Plantas. La coleccion de pájaros es aun mas rica; la sociedad posee cuarenta y cinco especies de cotorras repartidas en jaulas sobrepuestas que ocupan la parte central del piso bajo del Museo. Señalaremos aun la familia de los longirostros exóticos, entre la que se encuentran tres tucanes, dos de ellos de cuello blanco, y habrémos acabado con los habitantes del Museo.

Al salir del edificio encontramos desde luego uno de los dos estanques del jardin rodeado de verdura, y que encierra diferentes especies de patos, dos pelicanos y algunas gaviotas. Sus orillas sirven de paseo á un par de pavos silvestres y á varias especies de zancudas. El otro estanque mas vasto colocado á la extremidad opuesta del jardin baña las ingeniosas construcciones de rocas que sirven de cárcel á los osos; en él se encuentran el ganso de Egipto, el bernacho armado, muchas especies de cisnes y una banda de veinte patos de la Carolina.

Pero lo que uno se promete encontrar entre aquellos apacibles habitantes, es un magnífico cocodrilo que en libertad durante el verano, unas veces extendido sobre la orilla, otras flotando inerte á la superficie del agua, busca con ardor los benéficos rayos del astro del día. Hasta ahora, y hace ya cinco años que habita en ese palacio de verano, ningún atentado contra la tranquilidad de sus vecinos ha manchado su inocente carrera. Al acercarse las personas se sumerge soplando con violencia; solo come pececillos de agua dulce, y para eso es preciso que haga un sol bien caliente.

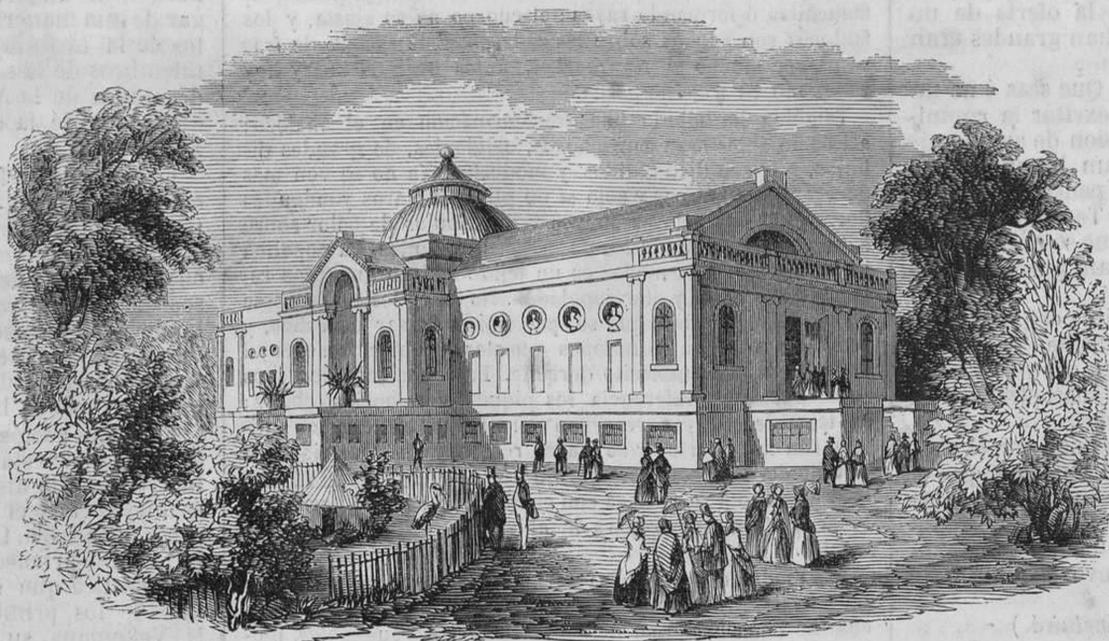
A la izquierda del primer estanque se pasean seis ca-soares en un parque contiguo al de los antilopés. La sociedad posee ocho de estos animales. Demos algunos pasos mas dejando á nuestra derecha el parque de avestruces y otras aves y llegaremos á la pajarera. Bien expuesta al medio día se halla abrigada por árboles frondosos de los rigores de los vientos del Norte, y merece una memoria particular, no por su arquitectura que es muy sencilla, sino por lo bien construida que está para los huéspedes que la habitan. Figúrese el lector un cuadrilátero de catorce metros de fachada sobre seis de profundidad, de los cuales uno sirve de cobertura de retiro. La fachada se halla dividida en cinco compartimientos; los dos de los extremos tienen cuatro me-

tros, y los tres interiores solo tienen dos. Cada uno de ellos encierra un piloncito rodeado de yerba, alimentado por conductos especiales que se abren y se cierran sin entrar en el interior cosa de mucha importancia. Estos cinco compartimientos guarnecidos de un enrejado fino, se hallan separados entre sí por barrotes de alambre bastante juntos para que no puedan pasar los pájaros gruesos, pero que quedan abiertos para los de cuerpo ordinario, lo que pone á su disposición toda la pajarera y preserva á los pequeños y á los débiles de la tiranía de los fuertes.

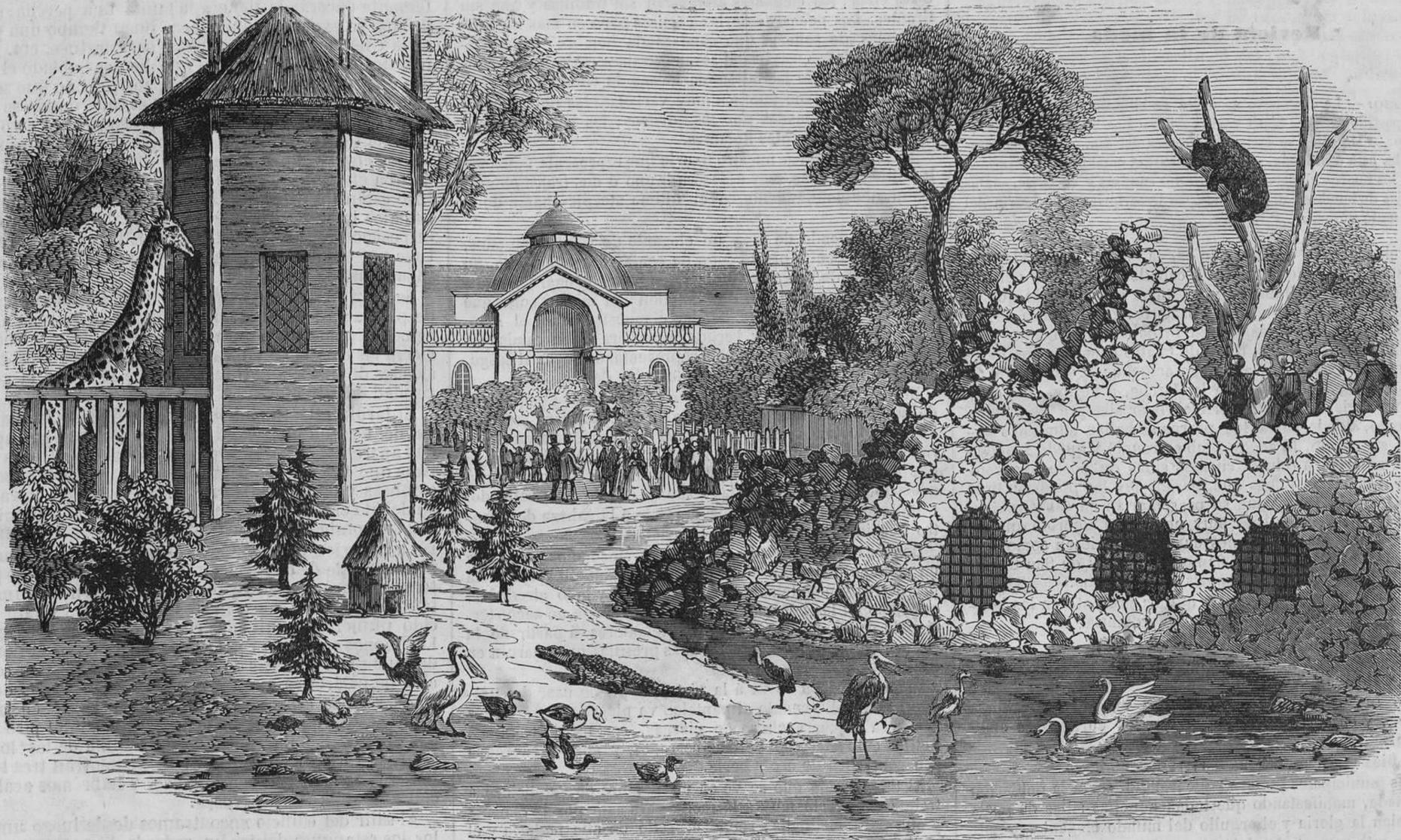
Si nos hemos extendido en la descripción de esta pajarera es porque pensamos puede servir de modelo para todo aficionado que quisiera reunir muchos pájaros en el menor espacio posible; satisface dos condiciones esenciales, la extensión de circulación y el aislamien-

to de las especies que se perjudican entre sí. Siete pares de magnificas cercetas de la China, veinte polluelos de esa especie nacidos en la pajarera; paroaras, cardinales, alegres comendadores, la preciosa cotorra ondulada, y una multitud de pajarillos de cien especies, tales son los habitantes de la pajarera. Y todo esto se anida y cria perfectamente lo que explica la baratura que cada año se nota mas y mas en los pajarillos de estas especies raras que se venden.

Señalarémos además una serie de parques contiguos que parecen consagrados á los zancudos, donde se ven algunos pájaros reales de cresta tan soberbia, ocho señoritas de Numidia, así llamadas por su cuerpo esbelto, su andar gracioso y su cuello elegante; el secretario, azote de las serpientes, y el cariama, ese estrepitoso habitante del Brasil cuya ex-



El Museo.



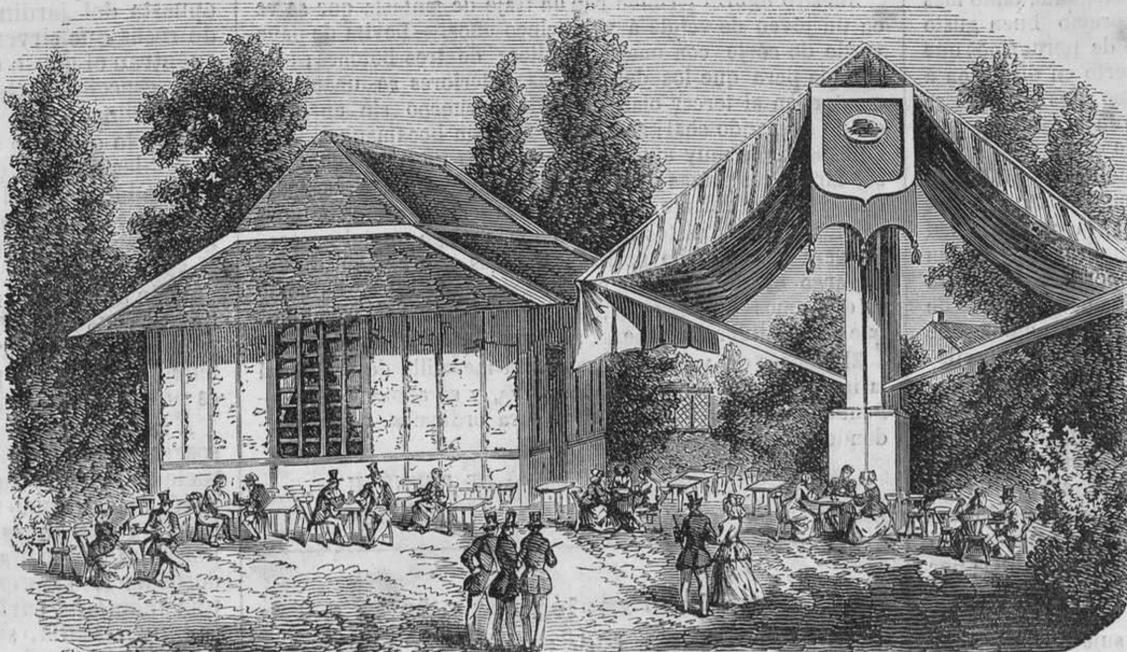
Jaulas de los animales vivos.

quisita carne ha hecho que se domestique en América, y por último un curioso mestizo cuya existencia desmiente muchos asertos, producto de un pavo real y de una pintada. Terminarémos haciendo mención de dos especies de palomas, gruesas como las gallinas de la India.

No abrigamos la pretension de haber enumerado minuciosamente las riquezas de la sociedad zoológica de Ambéres, cuando apenas hemos señalado la existencia de una colección de animales disecados que sin duda merecería un detenido exámen. Entre los animales vivos hemos elegido los mas notables pasando muchísimos por alto. Sin querer hacer aquí un catálogo, nos propusimos demostrar los buenos resultados obtenidos por la Sociedad de Ambéres que ocupa hoy un puesto distinguido entre sus rivales. La naturalización no ha

alcanzado allí todavía sus debidos frutos, pero esto consiste en la falta de tiempo y de ningún modo en la falta de buenas intenciones. Ciertamente, al ver esas vastas construcciones, esas casitas rústicas, esos parques elegantes, la extensión de los estanques, las arboledas, la notable variedad de plantas exóticas, donde hace nueve años solo había unas huertas, se debe felicitar á la ciudad de Ambéres que á su vez debe legítimas felicitaciones á los primeros fundadores de la Sociedad que no han retrocedido ante las dificultades para dotarla de este rico establecimiento; al Sr. director Kets, fundador y generoso donador de la Sociedad, bien secundado por el celo de su director suplente, M. Vekemans, que ha sabido ordenarlo todo con notable buen gusto é inteligencia.

R. E.



Café rústico del Jardin zoológico de Ambéres.